



Leonardo Reyes Silva

Cauderno de **Historia** **Sudcaliforniana**



**CUADERNO DE
HISTORIA SUDCALIFORNIANA
LEONARDO REYES SILVA**

CUADERNO DE HISTORIA SUDCALIFORNIANA

© LEONARDO REYES SILVA. 2019

EDICIÓN Y DISEÑO DIGITAL: LUIS I ROSAS

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio electromecánico o digital, sin la autorización del autor.



Impreso y hecho en México.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
I.- INTRODUCCIÓN	7
El origen del hombre	7
El hombre en América	9
Los antiguos pobladores de la península de Baja California	9
II.- LAS PINTURAS RUPESTRES	10
El arte primitivo	10
Las pinturas rupestres en el mundo	10
Las huellas del arte rupestre en América	12
III.- LAS PINTURAS RUPESTRES DE BAJA CALIFORNIA SUR	13
Las sierras de San Francisco y Guadalupe	13
Descubrimiento de pinturas y petroglifos	15
La conservación actual de las pinturas	23
IV.- LAS CUEVAS PINTADAS DE SAN FRANCISCO	26
V.- LAS CUEVA PINTADA DE SAN BORJITAS	29
VI.- LAS PINTURAS DE LA REGIÓN DE LOS CABOS	31
VII.- LOS ANTIGUOS HABITANTES DE CALIFORNIA	32
VIII.- EL DESCUBRIMIENTO	35
Una rebelión en alta mar	35

Hernán Cortés y la Mar del Sur	36
En busca de una tierra desconocida	37
El Puerto y Bahía de Santa Cruz	38
IX.- LAS EXPLORACIONES DE LA PENÍNSLA	39
Francisco de Ulloa el primero	39
Juan Rodríguez Cabrillo el segundo	41
X.- LA CONQUISTA	43
El intento de Sebastián Vizcaíno	43
Otro más, Isidro de Atondo y Antillón	46
XI.- LAS MISIONES RELIGIOSAS EN CALIFORNIA	48
Juan María de Salvatierra y la cruz por delante	48
Las misiones y los misioneros	50
La expulsión	58
Franciscanos y Dominicos los nuevos misioneros	60
Fin de la época misional en la Baja California	64
BIBLIOGRAFÍA	65

PRESENTACIÓN

No cabe duda, la historia de la Baja California es extraordinariamente interesante como lo son, en su justa dimensión, la de las otras entidades de nuestro país, salvo la diferencia de que aquí, su historia se inicia entre reflejos legendarios, aventuras, descubrimientos y conquistas terrenales y espirituales.

El pasado bajacaliforniano ha sido objeto de múltiples investigaciones que han producido una extensa bibliografía que se inicia con los cronistas coloniales y termina con historiadores de la talla de Miguel León Portilla, Pablo L. Martínez, Ignacio del Río, Miguel Mathes, Carlos Lazcano Sahagún y Salvador Bernabeu Albert, entre otros.

Y es que las diversas épocas de nuestro pasado, sobre todo la antigua y la colonial, reúnen características propias que es preciso desentrañar a fin de explicar los profundos significados que éstas tuvieron en el desarrollo de los pobladores que la habitaron.

Por eso, en un afán de divulgación histórica es que hemos hecho este intento de relatar nuestro pasado en forma tal que pueda entenderse con cierta facilidad, liberándola de acuciosos detalles, notas de pie de página o una extensa bibliografía.

El cuaderno hace referencia a la época prehistórica en la península, donde las pinturas rupestres de las sierra de San Francisco Y Guadalupe nos hablan de los primeros pobladores que llegaron a estas regiones hace doce mil años. Y también hace referencia al descubrimiento y conquista de la antigua California, de los hombres que hicieron lo imposible para llevarlas a cabo, incluyendo navegantes, exploradores y misioneros.

Con intención también se ha incluido información elemental de los antiguos habitantes de California, de los grupos indígenas que poblaron la península y que, como es fácil de comprender, son la causa y efecto de todos los intentos civilizadores que se dieron en esos tiempos.

Respecto al esfuerzo de síntesis y fines de divulgación del presente cuaderno, hago referencia a lo que escribió en una ocasión Ignacio del Río.

“Aquella historia que relata, que describe, parece, si no más cercana al ideal científico menos desencaminada, justamente por ser más ilustrativa, Tiene además mayores posibilidades de ser amena, lo cual sería una ganancia para el lector decidido, el que sigue los textos hasta el final”

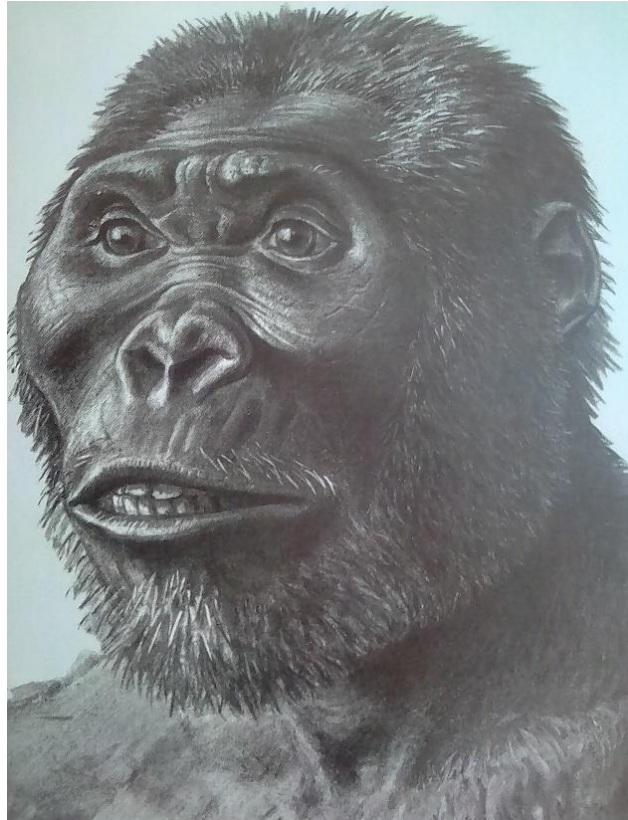
Ojalá y este trabajo tenga esa suerte. Abundar en el conocimiento de nuestro pasado siempre es gratificante, más si va dirigido a las presentes generaciones de bajacalifornianos, que sin resabios de ninguna naturaleza admiran esta tierra que ha sido la cuna de sus ancestros y último fin de sus anhelos para un vida mejor.

Leonardo Reyes Silva

1. INTRODUCCIÓN

El origen del hombre

En el Paleolítico, periodo de la Edad de Piedra, (4 millones de años al 10,000 a.C.) aparecen los primeros restos humanos. En el continente africano hace más de cuatro millones de años habitaban unos homínidos conocidos como Australopithecus. Después, 600,000 a.C. aparece en Asia y África el Pitecántropo conocido también como Homo Erectus.



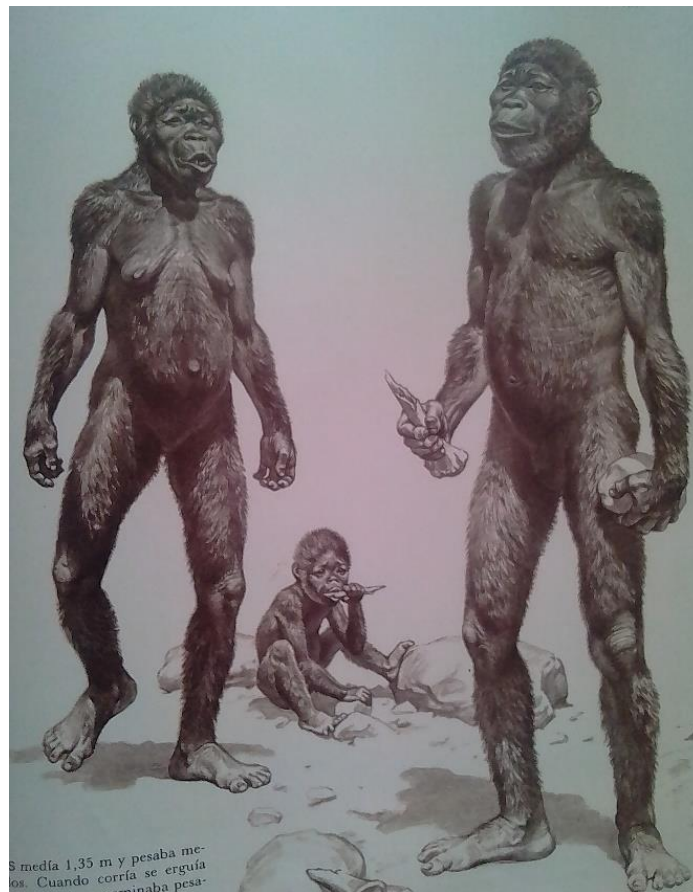
Australopithecus Robustus, vivió unos dos millones de años en Sudáfrica.

En esta época aparecen los primeros utensilios elaborados en sílex. Después, hacia el año 100,000 a.C. se encontraron restos de hombre de Neanderthal y, finalmente, el hombre de Cro-Magnon, aparecido en las proximidades de los 35,000 años a.C., quien tenía ya una conformación semejante al hombre moderno. Es el que se conoció como Homo Sapiens y el autor de las primeras obras de arte mobiliario y posteriormente de grabados y pinturas rupestres.

Durante el Paleolítico el hombre fabricó sus primeros utensilios con piedra, madera, hueso y conchas de moluscos. Sus herramientas eran de piedras duras utilizadas para rayar y separar las esquirlas de las rocas a fin de darle formas a sus instrumentos.

Además, para sobrevivir se dedicaron a la caza, la pesca y la recolección. Los hombres mataban animales mientras las mujeres recogían plantas y semillas. Vivían en cavernas y saledizos de rocas para descansar, aunque eran capaces de construir toscos refugios utilizando las ramas y los troncos de los árboles.

Con el cambio del clima y para defenderse del frío descubrió el fuego y a fin de protegerse dormían sobre pieles y se envolvían con ellas para calentarse. Hacia el año 500,000 a.C. estos seres desaparecieron para dar paso a la nueva especie humana. Los hombres que reemplazaron a los Neanderthal hace 35000 o 40,000 años fueron los primeros en parecerse a los humanos actuales. Con superioridad intelectual y una cultura superior a sus predecesores, los hombres de Cro-Magnon crearon el arte: esculturas, pinturas y grabados.



Australopithecus Africanus, 1,35 metros de estatura y 45 kilos de peso. Cuando corría se erguía y caminaba con dificultad con pasos cortos.

Ellos fueron los primeros descendientes del hombre moderno. Crearon una cultura que floreció al mejorar su forma de vivir. Fabricaron mejores armas y mejores herramientas para confeccionar sus vestimentas. Pero al igual que los Neanderthal todavía vivían en cuevas, aunque en grupos más numerosos y permanentes.

El hombre en América

A lo largo del Paleolítico hubo una serie de glaciaciones intercaladas por periodos más cálidos. En la última glaciación, (20,000 a 10,000 años) el nivel de los océanos descendió tanto que se formó una amplia unión terrestre entre América y Asia, lo que permitió la llegada de animales y lo más probable de grupos humanos. Así, se abrieron corredores en los glaciares de esa región que permitieron la inmigración desde Siberia, pasando por Alaska hasta las mismas regiones del continente americano.

Los grupos humanos que llegaron a América ocuparon nichos ecológicos disponibles, pero las sucesivas corrientes migratorias tuvieron que buscar sitios desocupados a todo lo largo del continente. Ocupados sus nichos por miles de años, poco a poco dieron origen mediante el aislamiento, la dispersión y la selección natural a las razas autóctonas diferentes a sus ancestros asiáticos.

Además, no existen evidencias de que el Homo Sapiens se originara en América, ya que jamás se han localizado restos fósiles del hombre primitivo como es el caso de África y de Asia. El Homo Sapiens llegó a América por primera vez procedente de Asia. Estos hombres se dispersaron por todo el continente aprovechando el medio natural de plantas y animales para su subsistencia,

Muchos siglos después, cuando los europeos descubrieron América, encontraron una diversidad de culturas humanas, desde grupos primitivos de cazadores y recolectores, hasta civilizaciones de pueblos agricultores y avanzado grado de desarrollo, como fue el caso del imperio azteca y de los incas.

Los antiguos pobladores de Baja California

Los primeros pobladores de la península de la Baja California probablemente llegaron hace 13,500 años. Los indios que la habitaron fueron, quizás, uno de los primeros grupos que llegaron procedentes de Asia y que, en su travesía por la parte norte de América, se internaron por la península para refugiarse en las regiones montañosas, como las sierras de San Francisco y Guadalupe.

En el siglo XVI, con el descubrimiento de la península, los grupos indígenas que la habitaban fueron identificados como Pericúes al sur, Guaycuras en la parte media y Cochimiés en el norte, con sus derivaciones dialectales cada uno. No se sabe bien a bien si estos grupos eran descendientes directos de los primeros migrantes llegados al continente. Aunque versiones orales recogidas por los misioneros jesuitas, antes de ellos vivía una raza de gigantes autores de las pinturas rupestres encontradas en las sierras. Por qué y cómo desaparecieron es una incógnita pendiente de resolver por los arqueólogos e historiadores.

Lo que sí es verdad es la descripción de las formas de vida de las tribus que habitaban la península a la llegada de los españoles. Pero fueron los misioneros jesuitas (1697-1768) los que a través de sus testimonios y crónicas relataron las características personales de los indios, de sus costumbres y creencias.

Miguel del Barco, Juan Jacobo Baegert y Francisco Javier Clavijero fueron padres jesuitas que atendieron las misiones en California,--con excepción de Clavijero-- y a ellos se debe la mayor información sobre la vida de los pericúes, guaycuras y cochimíes.

II. LAS PINTURAS RUPESTRES

El arte primitivo

El hombre de Cro-Magnon con una avanzada madurez cultural originó las primeras manifestaciones artísticas. Aunque, claro, no se trataba del concepto moderno del arte, sino que formaban parte de los ritos y ceremonias relacionados con la muerte, la fecundidad, el nacimiento y la caza.

Entre los años 30,000 y 20,000 a.C. aparecieron las primeras estatuillas femeninas hechas con materiales como la piedra, el hueso y el marfil. Muchas de ellas representaban el culto a la fecundidad. Estas extrañas estatuillas y otros objetos como las cabezas de caballos o bastones de astas de reno, fueron elaborados cuando encontraron objetos de piedra o troncos que les recordaban las figuras reales.

Respecto a las estatuillas femeninas conocidas como “Venus” prehistóricas, no se sabe para que podían servir, pero se les atribuían caracteres mágicos o religiosos, o quizás fueron hechas como un culto al sexo femenino y un reconocimiento a su influencia comunal y familiar. Además, por sus vientres abultados y sus grandes senos, quizá era un reconocimiento a su valiosa aportación para asegurar la permanencia de los grupos por medio de los hijos, a la vez que representaban la fecundidad de los productos del campo, de los animales que cazaban y de todo lo que ayudaba a la sobrevivencia en esos tiempos azas difíciles.

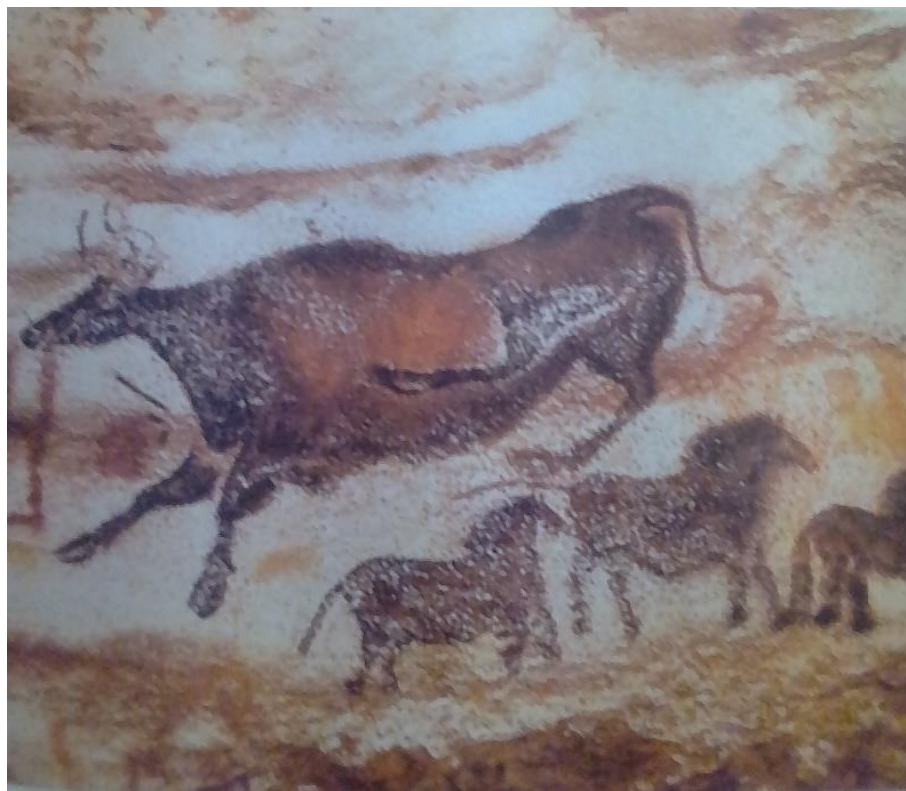
Las pinturas rupestres.

El hombre primitivo hizo las primeras pinturas, grabados y relieves a partir de los 15,000 años a.C. Son obras realizadas por personas que tenían motivos concretos para hacerlas. Una de las explicaciones más comunes es que esas pinturas de animales se hacían por la creencia de que la caza sería mucho más fácil si antes aprehendían su imagen. En el caso de las figuras humanas acompañadas de signos de difícil interpretación, no se sabe bien a bien cuáles fueron sus intenciones.

Por lo general, las pinturas eran polícromas ya que utilizaban colores como el rojo, el negro y el amarillo, cuyos pigmentos eran extraídos de sustancias como el manganeso, el carbón vegetal y el ocre, combinadas con grasa de animales. Para grabar echaban mano de buriles de sílex y punzones de piedra granítica. Estos instrumentos servían también para esculpir.

Las mezclas preparadas se aplicaban a las paredes de las cuevas por medio de palos embijados, con las propias manos o bien con brochas y pinceles de origen vegetal. Por cierto, muchas de las pinturas se han conservado a través de los siglos gracias a la cal de las aguas de las cavernas que permitieron la fosilización de las mismas.

Es casi seguro que los artistas prehistóricos dominaban las técnicas pictóricas. Lo comprueban el uso de buriles con pintura negra para delinear los contornos de las figuras; o bien aprovechando las salientes de las rocas para resaltar el relieve de los dibujos. También, en numerosas cavernas existen superposiciones de pinturas, lo que da a entender que fueron hechas en distintas épocas. El solo hecho de que las pinturas se encontraran en lo profundo de las cuevas comprueba que ya conocían el fuego, pues este les servía para la iluminación mediante mecheros de grasa animal colocados a lo largo de las cavernas.



Pintura rupestre de la cueva de Lescaux, Francia.

Las pinturas rupestres estaban diseminadas en muchas regiones del mundo. En las grutas del valle del Vézere, en Francia; en el Parque Nacional de Kakadu, en Australia; en las cuevas de Altamira; en la cueva de Lescaux, en Francia.

Las huellas del arte prehistórico en América

Desde tiempos atrás se conocían las pinturas y grabados tanto en Estados Unidos como México y América del Sur. En Argentina, Chile, Brasil, Bolivia o Colombia existen huellas del paso de los hombres prehistóricos por estos lugares.

El grupo más antiguo de las pinturas se encontraron en Argentina localizadas en cuevas. Son figuras de manos y pies en color rojo claro y negro. En Bolivia encontraron cuevas con manos pintadas de rojo y blanco. En Chile, en Atacama, hay varias cuevas con figuras de animales y un cazador armado de arco y flechas.

En el Brasil existen pinturas de animales como el venado, el jabalí, además de hombres esquemáticos. Lo mismo, existen cuevas en Colombia y Venezuela con animales seminaturalistas. En Estados Unidos Y México son abundantes las pinturas y grabados. En este último país se han localizado petroglifos y pinturas en gran parte del territorio nacional, en especial en Sonora, Chihuahua, Nuevo León y Guerrero.

En Sonora, las concentraciones más notables de cuevas se encuentran en la región de Caborca, al suroeste de Magdalena de Kino. Ahí se han catalogado un poco más de 19 sitios de grabados y pinturas. El sitio conocido como La Pintada, al sur de Hermosillo, está cubierto con pinturas polícromas en colores rojo, blanco, negro y amarillo. Aquí abundan las figuras de hombres y animales. Venados, pájaros, y figuras abstractas (líneas y curvas) son los que adornan este sitio. Otro lugar La Proveedora, existen grabados algunos en buen estado de conservación.

En chihuahua existen numerosas pinturas y grabados en lugares como la sierra de La Candelaria, donde aparecen cazadores que portan lanzas y adornos en la cabeza. Se encuentran también animales parecidos a borregos cimarrones, aliñados desde el más grande hasta el más chico.

Otros lugares son Boquilla de Conchos, Cueva de la Hacienda de los Remedios, la cueva de las Monas y Chomachi en la Alta Tarahumara. En este sitio se encuentra la pintura de un cazador con arco y flecha apuntando a dos venados.



Pintura rupestre en uno de los sitios de Chomachi en la Alta Tarahumara

Sobre las pinturas y grabados del estado de Chihuahua, en el 2006 Francisco Mendiola Galván y Carlos Lazcano Sahagún publicaron un hermoso libro que titularon “Espejo de Piedra, Memoria de Luz”.

III. LAS PINTURAS RUPESTRES DE BAJA CALIFORNIA

Las sierras de San Francisco y Guadalupe

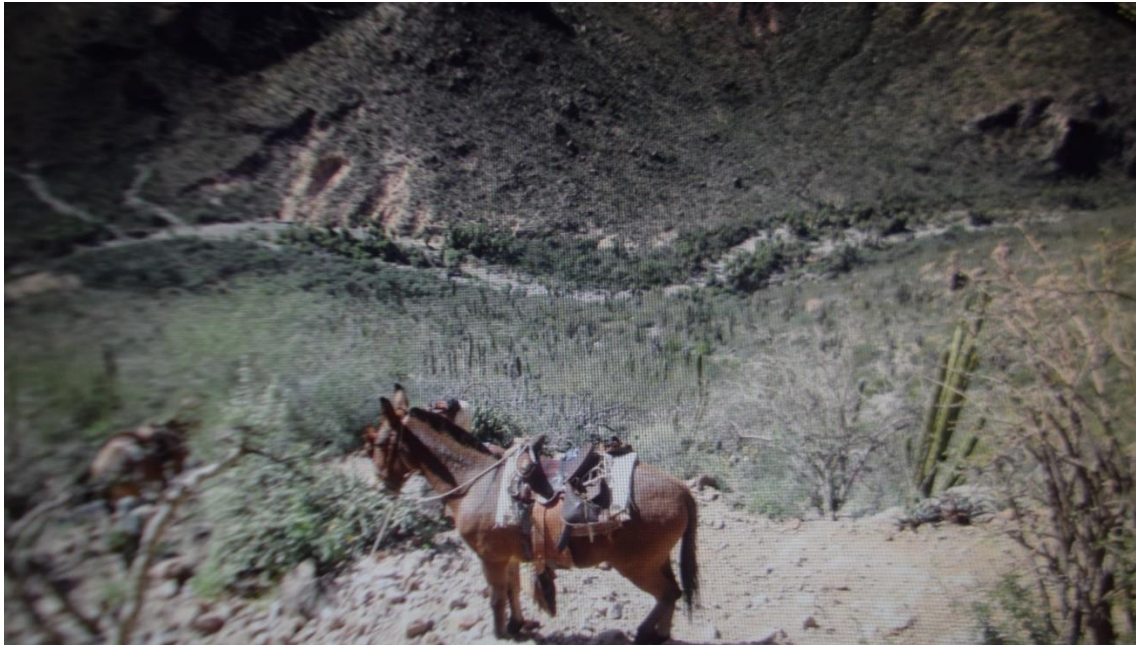
En la península de la Baja California, en la parte que corresponde al estado de Baja California Sur, corre una cadena montañosa que se inicia en las sierras de Calmallí y pasa por la sierra de San Francisco; en el centro se transforma en La Giganta con la sierra de Guadalupe y más al sur, en la región de Todos Santos y San José del Cabo, en las sierras de La Laguna y la Victoria.

La sierra de San Francisco constituye, con sus 1,590 metros sobre el nivel del mar, un macizo montañoso que atraviesa la península en su parte central. Los límites de esta sierra son, al Norte por las sierras de San Juan y San Borja; al Sur por la sierra de la Giganta; al Este por el volcán de las Tres Vírgenes y el Golfo de California y al Oeste por los Llanos del Berrendo y el desierto del Vizcaíno.

Esta región está poblada de matorrales, cardones, yucas, biznagas, chollas y pitahayas, además que en fondo de las cañadas se encuentran palmas nativas de gran tamaño que aprovechan el agua que corre casi todo el año.

En la sierra de San Francisco se encuentran profundos y escarpados barrancos que han sido erosionados por movimientos sísmicos y flujos de agua originando

múltiples cavidades en toda la extensión de las cañadas. Algunos de estas cuevas las utilizaron los antiguos habitantes de la península para plasmar sus pinturas.



Una cañada de la sierra de San Francisco.

La sierra de Guadalupe, donde se encuentra uno de los sitios de pinturas rupestres en la cueva de San Borjitas, es también resultado de fallas sísmicas por lo que toda su extensión está conformada por laderas escarpadas y cañadas de variable profundidad.

En algunas cañadas corren corrientes de agua que forman pozas entre las rocas que abundan en esos lugares. Para los visitantes es un remanso en su caminata hacia lo alto de la sierra.

Se localiza al oeste del pueblo de Mulegé y a unos kilómetros de las costas del Golfo de California. En esa región se inicia la que se conoce como Sierra de la Gigante una de las más altas de la península.



La sierra de Guadalupe donde se encuentra la Cueva de San Borjitas.

Descubrimiento de pinturas y petroglifos

En su libro “Historia de la Antigua o Baja California”, publicado en 1789, Francisco Javier Clavijero escribió: *“Atendiendo a los pocos vestigios de la antigüedad que allí han quedado, es fácil persuadirse que aquella vasta península estuvo antes habitada por gentes menos bárbaras que las que hallaron los españoles, porque los jesuitas en los últimos años que estuvieron allí, descubrieron en los montes situados entre los 27 y 28 grados de latitud varias cuevas grandes y en ellas pintadas figuras de hombres y mujeres decentemente vestidas y diferentes especies de animales. Los californios afirman que fue una nación gigantesca venida del norte...”*

Después de los misioneros jesuitas, los que tuvieron conocimiento de las pinturas de la sierra de San Francisco, fueron los primeros rancheros que se establecieron en esos lugares, como Buenaventura Arce, descendiente de un soldado que prestaba sus servicios en las misiones, quien solicitó una concesión para ocupar terrenos baldíos, autorización que le fue autorizada y así fue como se formaron los ranchos de Santa María en 1835 y San Francisco y Santa Marta, en 1840.

Estos dos últimos ranchos estaban situados cerca del arroyo de San Pablo y de las pinturas, por lo que es casi seguro que Buenaventura las conoció. Su nieto, Cesáreo Arce y Francisco Altamirano ya conocían las pinturas desde el año de 1890. Cuando don Fernando Arce Sandoval se fue a vivir al rancho Santa Teresa, situado

en el fondo en el fondo del arroyo de San Pablo, el tránsito por esos lugares fue más continuo, por lo que muchos rancheros sabían de las pinturas por esos años.

Uno de los primeros investigadores que se refirieron a las pinturas fue León Diguët, quien en 1894 fue enviado por el gobierno francés al Territorio Sur de la Baja California, en donde descubrió cinco sitios de pictografías e hizo una minuciosa descripción de ellas. Además, y esto ha sido una valiosa información para los investigadores que lo precedieron, dejó una relación de los sitios donde se encuentran pinturas y petroglifos.

En relación a las pinturas, Diguët descubrió algunas en la parte sur de la península, pero en particular de las sierras de San Francisco y Guadalupe. De ellas dijo: “No son efecto del simple azar, sino más bien de un conocimiento del arte decorativo que ha alcanzado un grado bastante considerable”.

Cuando hizo mención a la cueva de San Borjitas en la sierra de Guadalupe dijo que “estaba situada cerca del rancho de San Baltazar en los alrededores del pequeño pueblo de Mulegé; se encuentra en la sierra a una altitud de 400 metros sobre el nivel del mar. Está horadada en una toba arenosa bastante dura y parece estar trabajada por la mano del hombre. Su profundidad es de 23 metros y presenta una abertura de 25 metros de ancho por 5 de altura; una parte de la entrada está oculta por un montículo que parece provenir de los escombros de la cueva...”

Sigue diciendo: “La parte superior de la entrada que forma el frontispicio esta, por así decirlo, afectada únicamente por la representación de una treintena de personajes, la mayor parte atravesados por flechas, que parece representar una escena de combate donde los muertos llenan el suelo. Los personajes son todos de talla cercana a los dos metros; están representados de frente, las piernas separadas y los brazos extendidos horizontalmente, o los brazos extendidos y el antebrazo levantado formando un ángulo recto. Los hombres están coloreados uniformemente en rojo o en negro por trazos de colores, como media parte de un color y la otra media de otro, divididos en sentido longitudinal...”

También hizo alusión a las pinturas de la sierra de San Francisco de las dijo que “se encontraban en mal estado de conservación e hizo mención de la cañada de San Matillita con sus pinturas en un abrigo rocoso cerca de una fuente de agua.

En el año de 1945, William Massey recorrió parte de la península encontrando enormes concheros y entierros con ofrendas. En 1951, a causa de un reportaje de Fernando Jordán en la revista Impacto de la ciudad de México, el Instituto Nacional de Antropología e Historia comisionó a Barbro Dahlgren, Javier Romero y el mismo Jordán, a efecto de realizar un amplio estudio de las pinturas de San Borjitas.

En 1950, Fernando Jordán escribió una crónica dando a conocer el descubrimiento de pinturas rupestres en la sierra de Guadalupe en una cueva que después fue conocida como San Borjitas. Fue la primera vez, escribió, que un periodista se adelantaba a los antropólogos revelando la existencia de esa cueva con pictografías. Pero en esto estaba un tanto equivocado, porque en 1926, según revela un informe del señor Carlos M Esquerro, en ese entonces gobernador del Territorio Sur de la Baja California, un científico norteamericano, Edward M. Davis, comisionado por el Museo del Indio Americano de la ciudad de Nueva York, viajó a nuestra entidad y en su recorrido por la parte central descubrió una gruta cercana al “pueblecillo” llamado San Baltazar, a cuarenta kilómetros de Mulegé. En sus memorias dice *“una gruta de 30.50 metros de ancho por 5.80 en su altura mayor, encontrándose en su bóveda la representación gráfica de algo que parece un combate de los antiguos pobladores de las tribus guaycura y cochimí. Esa pintura mural consta de 89 figuras de las cuales solo dos son de mujer y una de un muchacho, estando vestidos de rayas verticales rojas; el resto representa guerreros pintados verticalmente, mitad negro mitad rojo, algunos totalmente de rojo y unos pocos todos de negro y solo uno está pintado de blanco, con listas negras en la cabeza y pecho, representando probablemente uno de los primeros españoles muerto por los indios. Además, en algunas rocas de las inmediaciones se encuentran algunas figuras de peces esculpidos representando una ballena, una tortuga, una foca, etc.*

Una copia del informe y fotografías de la cueva fueron entregadas al gobernador Esquerro, quien las envió al director del Museo de Antropología en la ciudad de México. Los originales seguramente se encuentran en el Museo del Indio de Nueva York.

Por su parte, E. Stanley Gardner, escritor norteamericano, visitó la zona de pinturas cuyos resultados publicó en la revista Life Magazine. También Clemente E. Meighan, en 1965, interesado en las pinturas inició excavaciones y en varias cuevas encontró restos de objetos de obsidiana, a los que vinculó con los autores de las pinturas de los grandes murales.

En los últimos años de la década de los sesenta del siglo pasado, Harry Crosby y el fotógrafo Enrique Hambleton catalogaron todas las cuevas con arte rupestre, en especial las de la sierra de San Francisco. Después de varios años de exploración lograron descubrir más de 200 lugares con pictografías y petroglifos.

En 1975, como resultado de sus investigaciones, Crosby publicó su libro “The Cave Painting of Baja California”, mientras de Hambleton hacía lo mismo en su obra “Las Pinturas Rupestres de Baja California” editada en el año de 1979.

Debido a la divulgación anterior, otros investigadores—geólogos y arqueólogos—visitaron en 1981 las zonas de pinturas, entre ellos Ramón Viñas y E. Serría.

De su recorrido por la región de San Francisco llegaron a la conclusión de que esta sierra albergaba las más importantes manifestaciones rupestres prehispánicas del continente americano.

En su primera visita a la sierra de San Francisco, fotografiaron, catalogaron y localizaron topográficamente todas las pinturas. A esta visita siguieron otras tres (1981-1983-1985) recopilando información en más de medio centenar de cuevas, algunas todavía inéditas.

De todas estas cavidades los investigadores, auxiliados por Albert Rubio y V. del Castillo, comenzaron a relacionar las figuras humanas y de animales en las cuevas de El Palmarito I-II-III, La Soledad, La Pintada, La Flecha, Casimiro I-II, Tres Venados, Boca de San Julio, Cuesta de San Pablo I-II-III, La Serpiente, Corralito, La Clarita o Supernova, San Gregorio I-II-IV, Músicos, El Ratón, La Palma, Puerto Saulito, Corralito II, Cacarizo I-II y La Palma de Santa Teresa.

Las pinturas de algunas de ellas demuestran su importancia como expresiones artísticas de sus creadores. En la Cueva de La Palma se reproducen grupos de figuras humanas y animales yuxtapuestas, unas delante de otras, como si fueran diferentes las épocas en que los artistas las hicieron. Las del frente son bicolors en tanto que las de atrás son de un mismo color.



Cueva de La Palma en la sierra de San Francisco.

En la Cueva de la Flecha se encuentran personajes atravesados por flechas y con pequeños animales a sus pies. Esta pintura se encuentra en el Arroyo de San Pablo.



Cueva de la Flecha en el arroyo de San Pablo.

En el arroyo de San Pablo también en Cueva Pintada puede observarse la mezcla de figuras humanas y animales, entre estos ciervos y carneros.



Parte del Gran Mural en Cueva Pintada.

Detalle de uno de los ofidios con cabeza de ciervo en la Cueva de la Serpiente en el arroyo del Parral. Algunos investigadores han opinado que se trata de un acto ceremonial, mágico, tal como existen en otras culturas primitivas del mundo.



La Cueva de la Serpiente en la sierra de San Francisco.

La Cueva del Ratón cerca del rancho de San Francisco. Es una profusión de figuras humanas y de animales. Se pueden apreciar figuras de animales como el venado, el berrendo y zopilotes. Algunos hombres son bicolores y otros de un solo tono.



La Cueva del Ratón en la Sierra de San Francisco.

En 1982, el pintor Rufino Tamayo acompañado del también pintor José Zúñiga, del fotógrafo Aníbal Angulo y de Carlos Payén, de la UABCS y del periodista Antonio Rodríguez visitaron la cueva de San Borjitas y el resultado fue la publicación de un folleto con el membrete de FONAPAS titulado “Las pinturas rupestres de Baja California Sur”, ilustrado con ocho pinturas rupestres tomadas por Enrique Hambleton.

La difusión de las pinturas rupestres de Baja California Sur se ha hecho por diferentes medios, entre ellos las revistas como México Desconocido y Tendencia, el arte de viajar” editada en Los Cabos. En medios electrónicos como Facebook hay páginas dedicadas a ellas.

En el 2013, Aníbal López Espinoza publicó el libro “Evocaciones del olvido. Pinturas rupestres de la región de Los Cabos”, en el que incluye sitios como Boca del Álamo, La Vinorama, La Pintada I y II, Palo Verde y otras. Sobre estas, el autor dice: *La mayoría de las pinturas rupestres de la región del Cabo están ejecutadas en enormes rocas de granito que se destacan en el contorno, situado cerca de un arroyo; aunque también hay casos de rocas como el conglomerado y toba. Estos lugares parecen haber sido exclusivamente sitios ceremoniales, debido a que carecen de evidencias de la vida cotidiana. En determinadas ocasiones la gente se habría reunido para festejar eventos como la iniciación de muchachos y muchachas, e invocaciones de abundancia y seguridad en la caza, pesca y recolección.*

Por otro lado, me parece importante mencionar el descubrimiento de pinturas rupestres en la Sierra de San Juan, en el estado de Baja California. Su descubridor, el arqueólogo e historiador Carlos Lazcano Sahagún, encontró hace dos años

una cueva con una serie de pinturas de color rojo, ocre, negro y blanco, estilo Gran Mural.

El mural mide más o menos 8 por 5 metros y en él se divisan venados, borregos cimarrones y numerosas figuras humanas. Las pinturas están a 5 metros de altura sobre el techo de la cavidad. A pesar de su antigüedad se conservan en buen estado.



Pintura rupestre en la Sierra de San Juan

Sobre las pinturas rupestres y petroglifos de Baja California ha habido muchas descripciones e interpretaciones, desde los misioneros jesuitas hasta León Diguet y Harry Crosby, Barbro Dalhgren, R. Viñas, Antonio Rodríguez y últimamente la doctora en arqueología María de la Luz Gutiérrez, actual delegada del INAH en nuestro Estado. Junto con Elizabeth Acosta Mendía y Leonardo Varela Cabral colaboró en la edición del libro “Pinturas rupestres, misiones y oasis de la península de Baja California”, en las versiones de español e inglés y que fue patrocinada por el Archivo Histórico Pablo L. Martínez de la ciudad de La Paz.

Uno de los corresponsales de la revista México Desconocido dijo, con motivo de su visita a la sierra de San Francisco: *“En toda la región estas pinturas rupestres representan una gran variedad de figuras de animales, tanto terrestres como marinos, y también figuras humanas. Diversas también son las formas, los tamaños, los*

colores y la yuxtaposición de estos. Los animales terrestres, representados en posiciones fijas y en movimiento, incluyen serpientes, liebres, aves, pumas, venados y borregos. Puede verse también diversas representaciones de vida marina como ballenas, tortugas y peces...”

Pero ha sido Enrique Hambleton quien ha descrito las características físicas de las sierras de San Francisco y Guadalupe, la descripción de los murales, las figuras humanas y animales, los materiales que usaron y el origen de los primeros habitantes, autores de las pinturas y petroglifos. En la descripción de los murales dijo. “Las figuras de hombres y animales enormes, imponentes y de firme trazo, tienen vitalidad y fuerza. Ejecutadas en ocre, rojos, blancos y negros, se extienden sobre la roca viva e integran un conjunto que a veces se confunden y otras se complementan”

Cuando se refiere a los lugares de las pictografías, escribió “Algunos sitios de han conservado asombrosamente y ofrecen un espectáculo impresionante, como el de la Cueva Pintada, en la cañada de Santa Teresa, sierra de San Francisco, en donde figuras gigantescas de más de cuatro metros y otras de pocos centímetros, se combinan caprichosamente para formar un bellissimo mural. Se encuentra inserto en un acantilado casi vertical, a unos 50 metros del fondo de la cañada, y consta de una galería alargada y estrecha de más de 160 metros de longitud. El respaldo de la galería ostenta un mural casi ininterrumpido sobre toda su extensión y contiene centenares de figuras; algunas de ellas se encuentran a más de ocho metros sobre el angosto piso del refugio. Este contiene varios metates que, por su profundidad, dan testimonio de una larga ocupación”.

Respecto al origen de las pinturas, Hambleton opina “Hemos de conformarnos con especulaciones más o menos científicas en torno a las bellísimas pinturas que nos legaron aquellos artistas, cuya desaparición nos entristece. Fueron sensibles observadores de cuanto los rodeaba, más aún, tenían la chispa del genio. Dejaron un elocuente testimonio de su presencia, un clamor en la incógnita de la prehistoria, cuyo eco subsiste hasta nuestros días”.

La conservación actual de las pinturas

Todos los que en diferentes épocas conocieron las pinturas de las sierras de San Francisco y Guadalupe, coincidieron en la opinión de que era urgente conservarlas dado el grado de deterioro de muchas de ellas ocasionadas por el paso del tiempo, la erosión, la humedad y los daños de personas ignorantes. Pero habrían de pasar muchos años para que las autoridades de gobierno dictaran medidas de mantenimiento y conservación de estas reliquias prehistóricas.

Y en eso de la urgente protección de esa zona de pinturas rupestres, la voz de alerta de Ramón Viñas fue tomada en cuenta cuando expresó, en 1985 “ *Quisiéramos dejar constancia del grave peligro que corre la conservación y conocimiento de todo este patrimonio, a causa de la masiva afluencia de visitantes que en los últimos años de ha venido incrementando gracias a la creación de la carretera que llega hasta el rancho de San Francisco, en el norte del macizo peninsular. Personalmente hemos podido comprobar que algunos depósitos en cuevas han sido removidos en busca de “tesoros” o materiales arqueológicos, y que muchos de los metates que habíamos anotado en 1981 han empezado a desaparecer, señalemos los de la Cueva de la Flecha. Creemos que para poder conocer y admirar este legado de la humanidad, será necesario crear una infraestructura que controle y canalice las visitas a la región*”

Ahora, con la valiosa participación de los rancheros, el Instituto Nacional de Antropología e Historia tiene el resguardo y vigilancia de estos sitios y para los visitantes, ha establecido una serie de normas, como no acercarse ni tocar las pinturas, caminar solamente sobre el andador construido expreso que corre a todo lo largo de las cuevas, no apropiarse de objetos líticos, etc.

El Reglamento que se entrega a los solicitantes del permiso dice, entra otras cosas:

- Las visitas deben ser conducidas por un guía autorizado por el INAH.
- La comida del guía será por cuenta de los visitantes.
- Se prohíbe bañarse o hacer fogatas. Llevar una estufa de gas tipo Coleman.
- Traer de regreso toda la basura, ya sea orgánica o inorgánica.

Por otro lado, las personas que no contratan una visita en San Ignacio o Mulegé, es conveniente que lleven utensilios para acampar, agua y provisiones. En la comunidad de San Ignacio de la Sierra se contrata el guía que los conducirá a las zonas de las pinturas. Respecto a una de las visitas, uno de los que recorrieron las cuevas, comentó “*Nuestro guía fue el señor Refugio Arce Ojeda, quiennos dijo “Hay algunos que se van caminando hasta allá porque no saben andar en mula, terminan cansadísimos pero contentos, sobre todo después de ver La Pintada, es la más chula de todas las cuevas*

Sigue el comentario del visitante “*La gente es muy sencilla y amigable, típica de la sierra, que les gusta que los visiten y platiquen con ellos. Su actividad principal es el pastoreo de cabras, venta de las mismas y del sabgrosísimo queso que elaboran*”.

El INAH otorga los permisos para visitar esos lugares y para ello tiene oficinas en los pueblos de San Ignacio y Mulegé. Previo el pago correspondiente, los viajeros pueden hacer la travesía en vehículos propios o rentados.

La ruta a seguir en el caso de la sierra de San Francisco es tomar la desviación que se encuentra un poco más arriba del poblado de Vizcaíno y recorrer 37 kilómetros de carretera pavimentada hasta llegar al rancho de San Francisco de la Sierra. También puede tomar la desviación localizada a 44 kilómetros al norte del pueblo de San Ignacio y después de unos 40 kilómetros arribar al rancho mencionado. Cerca del rancho se encuentra la cueva del Ratón a donde se puede ir caminando. Después, hechos los preparativos, se desciende a la cañada y después de 5 horas de caminata—es común el uso de mulas y burros—se llega al rancho de San Gregorio, un hermoso lugar rodeado de huertas de árboles frutales. De ese lugar, varios kilómetros adelante, se encuentran las pinturas en la cañada de Santa Teresa.

Por otro lado, para llegar a la cueva de San Borjitas, es preciso visitar el pueblo de Mulegé y allí solicitar el permiso de INAH previo pago del mismo. En este lugar se puede contratar al guía mediante el pago de sus servicios incluyendo el vehículo, aunque también se puede usar el propio, siempre y cuando sea de doble tracción.

En las oficinas del INAH se deben proporcionar los datos personales y el pago de \$45.00 por el permiso. Dentro de las restricciones están no tomar fotografías con flash o apoderarse de objetos considerados como antiguos.

Para llegar a la Cueva Pintada de San Borjitas se recorren 22 kilómetros al norte de Mulegé hasta llegar al poblado de Palo Verde. De ahí se desvía en una brecha rumbo a la sierra en un tramo de 30 kilómetros pasando por los ranchos de Cerro Gordo y las Tinajitas, este último propiedad del señor Jaime Gorosave. El vehículo llega hasta el rancho de San Borjitas, por lo que los visitantes tienen que recorrer caminando más o menos un kilómetro, por una cuesta empinada para llegar al lugar de las pinturas.

Otro sitio importante localizado a 20 kilómetros de Mulegé es de Piedras Pintas, un lugar de grabados antiguos. Lo mismo que los sitios de La Trinidad y San Patricio donde se encuentran pinturas en los respaldos de la sierra. Por otro lado, es recomendable que se visite el Museo Comunitario de Mulegé establecido en el edificio de la antigua cárcel, ya que en ese lugar se exhiben objetos de piedra y utensilios de los habitantes primitivos de la península de Baja California.

IV. LAS PINTURAS RUPESTRES DE SAN FRANCISCO



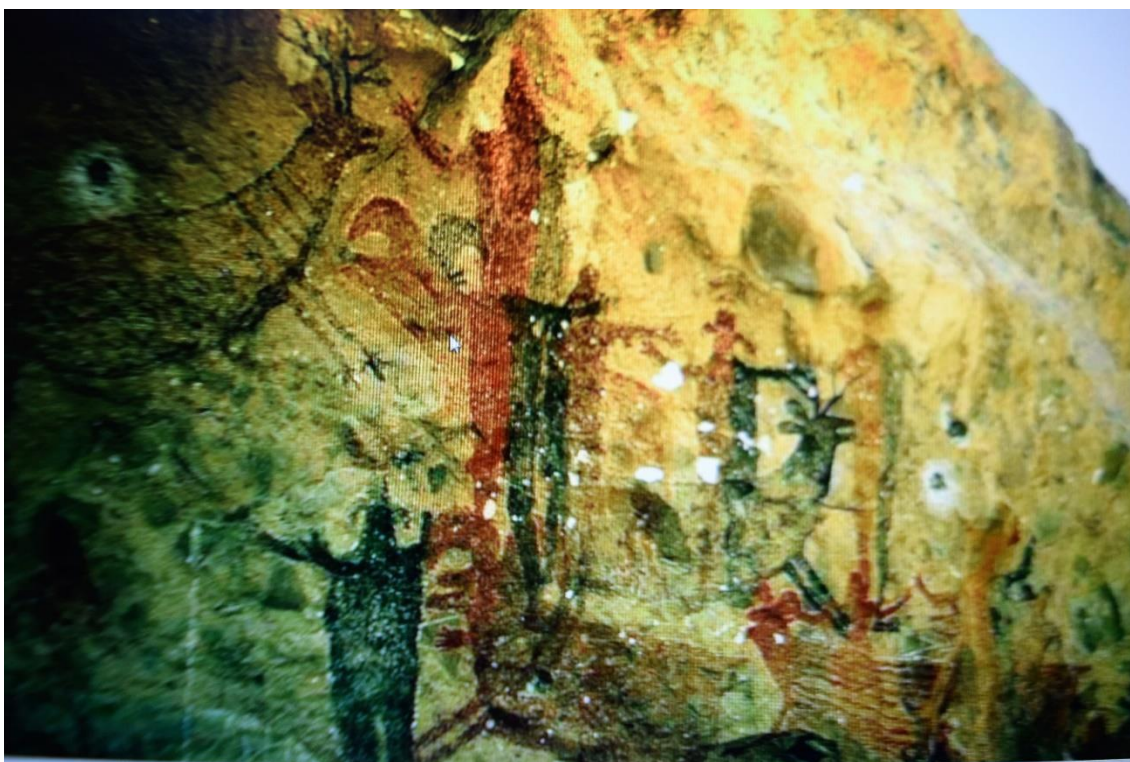
Pintura que forma parte del gran mural en la cañada de Santa Teresa.



Parte del gran mural de la cueva en la cañada de Santa Teresa



Los animales como el venado forman parte de las pinturas rupestres en la sierra de San Francisco



Figuras humanas y de animales conforman el gran mosaico en las cuevas de San Francisco



Conejos o liebres en la cueva pintada que conforman el gran mural de la cañada de Santa Teresa.



Figuras humanas y de animales en el gran mural de la cueva de Santa Teresa



Figuras humanas y de animales encimadas, característica de las pinturas rupestres de la cueva de Santa Teresa.

V. LA CUEVA PINTADA DE SAN BORJITAS



Una extraña combinación de figuras en la cueva de San Borjitas.



Figuras humanas en rojo, color usual en las pinturas de San Borjitas.



Un acercamiento fotográfico del techo de la cueva de San Borjitas

VI. LAS PINTURAS DE LA REGIÓN DE LOS CABOS



Los venados en el sitio La Pintada I



Venado y biznaga en el sitio La Pintada II

VII.-LOS ANTIGUOS HABITANTES DE CALIFORNIA

Los mexicanos o extranjeros que en la actualidad visitan la península de la Baja California encuentran en este lugar de México una región con características muy especiales. Separada del resto de la república por una masa de agua salada conocida como el Golfo de California o Mar de Cortés, es preciso llegar a ella utilizando los transbordadores o bien las rutas aéreas.

Se admirarán de que es una península que tiene 1250 kilómetros de larga y una anchura promedio de 100 kilómetros. Y que a través de sus litorales se encuentran islas, bahías, ensenadas y playas de singular belleza.

Todavía más, recibirán información de que la península está dividida políticamente en dos estados, Baja California y Baja California Sur y que en ellos habitan aproximadamente 4 millones de habitantes de los que 712 mil radican en la segunda de las entidades.

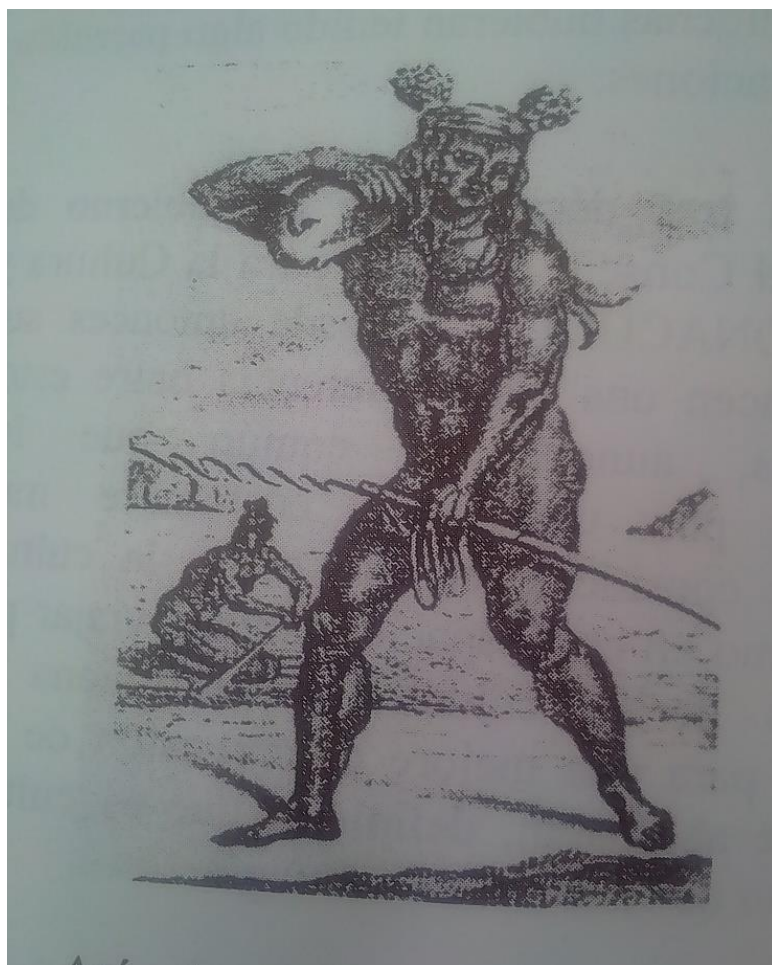
Con afán turístico visitarán los principales polos de desarrollo en la región de Los Cabos, La Paz y Loreto, a la vez que podrán disfrutar de las bellezas naturales que estos proporcionan. Además, encontrarán un pueblo con un alto nivel educativo y cultural con universidades e institutos tecnológicos establecidos en las principales ciudades como San José del Cabo, La Paz, Ensenada, Tijuana y Mexicali.

Por lo que respecta a la economía, en los dos estados existen regiones agrícolas como los valles de Los Planes, Santo Domingo, Vizcaíno, San Quintín y Guadalupe, este último productor de los mejores vinos del país. Cuentan con grandes centros comerciales como Sears, Soriana, Ley, Chedraury, City Club y Cotsco. La pesca comercial y turística ocupa un lugar sobresaliente, incluyendo las granjas acuícolas en las que se cultivan especies como el camarón y los ostiones.

Todo lo anterior existe en la península de la Baja California, pero cinco siglos atrás las cosas eran diferentes...

Los primeros navegantes que llegaron a la península en el siglo XVI encontraron grupos primitivos con un grado significativo de atraso cultural, cuya característica principal fue que eran nómadas dedicados a la caza y la recolección como medios de subsistencia.

Estos grupos, conocidos después como Pericúes, Guaycuras y Cochimíes, estaban distribuidos a todo lo largo de la península, en nichos ecológicos bien delimitados. Los primeros en el sur, los segundos en la parte media y los terceros en el norte. Sus costumbres eran semejantes aunque con diferencias como el lenguaje, el vestuario, los adornos y sus refugios para descansar y convivir.



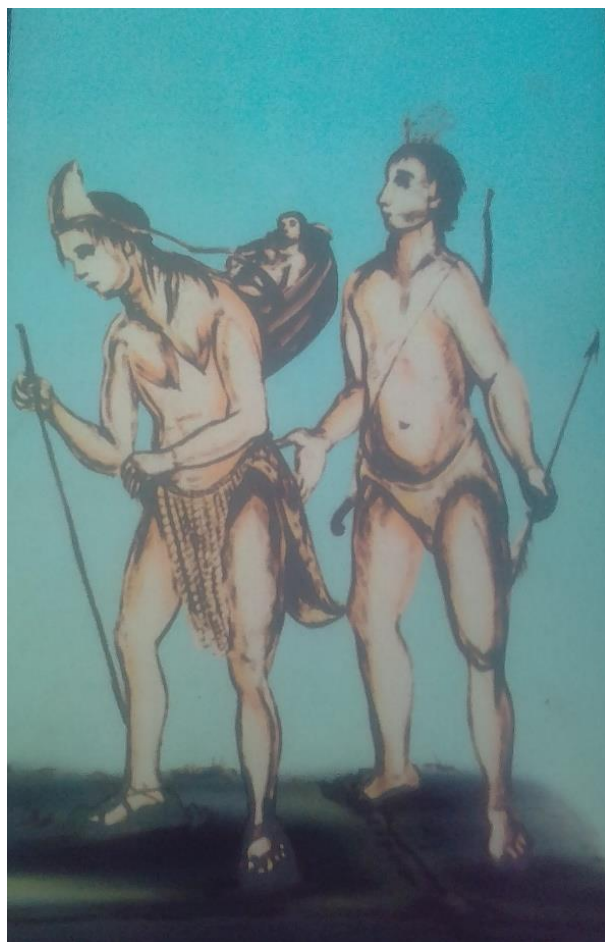
Indígena pericú. Dibujo de George Shelvocke.1726

En cuanto a su constitución física, los primeros exploradores coincidieron en que eran bien formados, corpulentos y de agradable presencia. Eran de estatura mediana y usaban el cabello largo hasta los hombros. Los hombres andaban desnudos, pero las mujeres utilizaban faldillas hechas de fibras de agave, de cañas de carrizo o bien de pieles de animales. Se adornaban con conchas de caracol y perlas agujereadas que lucían en sus orejas, en el cuello y en las narices.

Su lenguaje lo describieron como gutural y con cambios de un grupo a otro. Lo utilizaban mucho en sus conversaciones y eran inclinados a las bromas y a los juegos. En lo que respecta a su carácter la mayoría eran amables y pacíficos, con un buen nivel de razonamiento e inteligencia.

Con el paso de los años, los navegantes y exploradores llegados a la península en los siglos XVI y XVII y después los misioneros jesuitas a partir de 1697, dieron más detalles de las formas de vida de los llamados Californios. De sus viviendas, de sus familias, de las clases de alimentación, de sus creencias y ceremonias.

Por ejemplo, entre los pericúes la vivienda no existía tan solo burdas ramadas con petates para dormir. En cambio los guaycuras se refugiaron en grutas con muros de ramas. En la región de Loreto y San Javier las rancherías no tenían viviendas, tan solo se abrigan bajo los árboles y en el invierno se refugiaban en cuevas excavadas a propósito.



Familia pericú. Dibujo del Padre Ignacio Tirsh

Por lo que se refiere a su alimentación, todos los grupos recolectaban semillas, las cuales tostaban o molían, así como raíces, tallos y hojas de plantas comestibles.. Cazaban diversos animales como conejos y venados. Con su hambre permanente aprovechaban los pequeños animales del campo como culebras, cachoras, gusanos y ardillas.

Los que habitaban cerca de las costas se dedicaban a la pesca utilizando rústicos arpones y anzuelos confeccionados de madera endurecida al fuego y pedazos de concha. Las especies como el atún, la sardina, el dorado y los mariscos completaban su dieta alimenticia.

Los californios tenían prohibida la carne de tejón porque era semejante a la humana, Quien mataba un venado no podía comer su carne porque le impedía matar otro. Los jóvenes estaban impedidos de consumir la carne de liebre ya que les impedía tener hijos.

En la caza utilizaban lanzas endurecidas con punta de pedernal. Los arcos y flechas eran aprovechados para la cacería, pero también como armas en el enfrentamiento con otros grupos. Fueron diestros para la confección de estos utensilios, compañeros inseparables de sus correrías en busca de alimento.

En las ceremonias, los guamas o chamanes eran los principales de las tribus. En ocasión de las fiestas—la cosecha de las pitahayas, la victoria guerrera o cuando perforaban las narices y las orejas, los guamas vestían una capa especial de cabellos y un adorno en la cabeza de plumas de gavilán. Desde luego, por su influencia en la comunidad se les agasajaba con los mejores alimentos y los adornos más vistosos

Esta era la cultura de los antiguos pobladores de California, pero estas culturas indígenas desaparecieron debido a las enfermedades y la aculturación motivada por el sistema misional y el mestizaje. De un total estimado de 40 mil indios que existían en la península a la llegada de los conquistadores españoles, solo quedaron siete mil cuando los jesuitas abandonaron sus misiones en el año de 1768.

Pero como bien lo dice el historiador Ignacio del Río: *“El impacto de la conquista tuvo múltiples efectos sobre los californios, pero quizás el de mayor alcance, y que además fue irreversible, fue el de la pérdida paulatina de su cultura tradicional. Sin ésta, los indios peninsulares quedaron desposeídos incluso de la esperanza de sobrevivir en la que había sido, por milenios, la tierra de los de su raza...”*

VIII.-EL DESCUBRIMIENTO

Una rebelión en alta mar

A fines del año de 1533, una carabela que navegaba cercana a los litorales de Sinaloa, fue presa de un motín encabezado por el piloto Fortún Jiménez de Bertandoña. Asesinado el capitán del buque y parte de los marineros, el resto de la tripulación fue bajado a tierra y después Fortún, tratando de escapar de la justicia, puso proa al noroeste. Así, por un acto de rebeldía, llegó a una tierra desconocida la cual, con el tiempo, fue conocida como California.

Al desembarcar, supuestamente en un lugar de una amplia bahía, encontró una aldea indígena donde las mujeres engalanaban su cuerpo con collares de perlas.

Al darse cuenta, trataron de apoderarse de esos ornamentos, pero al ultrajarlas causaron el enojo de los nativos quienes, con lanzas y flechas, dieron muerte a Jiménez y los marineros que habían bajado a tierra. Alarmada el resto de la tripulación, izó las velas del buque y puso rumbo hacia las costas de Sinaloa.

Cuando arribaron fueron detenidos por penetrar en una región que era del dominio de Nuño de Guzmán, pero algunos lograron evadirse y llegaron por tierra al lugar donde había salido la expedición. Ante la presencia de Hernán Cortés relataron las causas del motín, el descubrimiento de una tierra desconocida, la muerte de Fortún Jiménez y varios marineros.

Hernán Cortés y la mar del sur

En el año de 1513, Vasco Núñez de Balboa descubrió el Océano Pacífico que fue llamado la Mar del Sur. Fue a partir de entonces que Hernán Cortés, luego de la conquista del imperio azteca y la toma de Tenochtitlan en 1521, que abrigara la idea de continuar el reconocimiento de esa gran extensión de agua salada y, desde luego, las tierras que la rodeaban. Obsesionado por la idea, envió varias expediciones a las costas de Colima, Zacatula y Tehuantepec, a la vez que mandó construir dos carabelas y dos bergantines para explorar los mares de esa región.

A inicios de 1523, los enviados de Cortés recorrieron las tierras del occidente de la Nueva España y fundaron dos villas de españoles en la región. Y fueron algunos de sus habitantes los que originaron la carta que Hernán dirigió al emperador Carlos V donde le decía:

“Me ha llegado una relación de los señores de la provincia de Cihuatán en la que afirman haber una isla toda poblada por mujeres, sin varón alguno, y que en ciertos tiempos iban de la tierra firme hombres a tener acceso con ellas...y si estas mujeres tenían hijas las guardaban y conservaban, y si hombres los arrojaban de su compañía, y que esta isla está a dos jornadas de la provincia de Cihuatán, y que muchos de los de tierra firme han ido allá y la han visto. Cuentan también que es muy rica en perlas y oro”. Y Cortés termina la carta “Yo trabajaré en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer de ello larga duración a vuestra majestad.”

La noticia de esa isla desconocida aumentó en interés por descubrirla. Después de una expedición que fracasó, preparó otra en 1533, con dos embarcaciones al mando de Hernando de Grijalva y Diego Becerra de Mendoza. La misión del primero era dirigirse hacia el oeste, en busca de las islas Margaritas donde existían placeres de conchas madreperla, en tanto que Becerra se dirigió al noreste en busca del bergantín desaparecido en la primera expedición.

En su recorrido, Grijalva descubrió las islas Revillagigedo y de ese lugar regresó a Acapulco, eso sin haber encontrado oro ni perlas, ni ser viviente alguno. A

Becerra, por su parte, la suerte no lo acompañó. Durante la travesía, frente a las costas Colima, estalló un motín en el que perdieron la vida él y varios de los tripulantes. El causante, Fortún Jiménez, abandonó a los tres padres franciscanos que iban en el buque y otros marineros partidarios de Becerra y luego izó las velas y navegó hacia el norte y fue en su huida de la justicia cuando descubrió la península de California, conocida muchos años como isla.

En busca de una tierra desconocida

Al tener noticia de lo que le había sucedido a la embarcación capitaneada por Diego Becerra de Mendoza, Hernán Cortés decidió continuar la búsqueda de la tierra descubierta por Fortún Jiménez. Para ello prepararon una nueva expedición y se puso al frente de ella.

En el mes de abril de 1535, en las naos Santa Águeda, San Lázaro y Santo Tomás zarpó del puerto de Chametla y en dieciséis días atravesó el golfo de California para llegar a la bahía de La Paz donde tomó posesión de la tierra a nombre de la corona española. El lugar donde desembarcó le llamó Puerto y Bahía de Santa Cruz. Fue el 3 de mayo de 1535.

Hernán Cortés perseguía tres propósitos que eran descubrir, explorar y poblar. Es por eso que su expedición a California la hizo acompañado de 300 personas, incluyendo 37 mujeres, dos sacerdotes franciscanos, herreros, carpinteros, médicos, cartógrafos. Junto con los caballos embarcó ganado y aves de corral.

Con estos recursos humanos y materiales es seguro que inició la construcción de un poblado para él y sus principales lugartenientes, una iglesia para los santos oficios y una cerca para rechazar el acoso de los indios. Un terreno acondicionado como panteón en que se sepultaron los restos de los veinte marinos que perdieron la vida en la malograda expedición de Fortún Jiménez.

Cortés tenía la firme intención de colonizar la tierra recién descubierta. Con esa firme convicción durante el tiempo que permanecieron en Santa Cruz se negó a abandonarla a pesar de las penalidades sufridas, entre ellas la falta de alimentos, las enfermedades y la muerte y para completar el drama la amenaza constante de los indios de la región.



Don Fernando de Cortés en 1529. Dibujo de Christoper Weiditz. Cortés lleva un escudo combinando las armas de su familia.

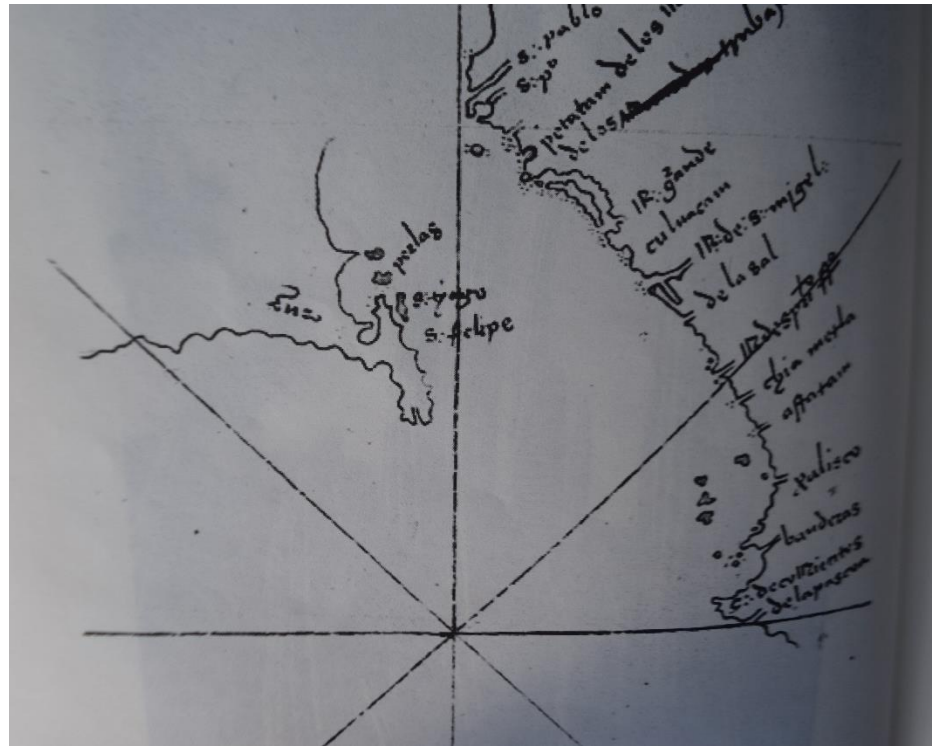
El Puerto y Bahía de Santa Cruz

Cortés permaneció más de un año en Santa Cruz, de mayo de 1535 a junio de 1536. Fue mucho tiempo para un hombre acostumbrado a triunfar sobre todas las adversidades. Lo extraño es que no dejó constancia escrita de sus experiencias en ese remoto lugar de la Nueva España aunque, por informes dispersos, se fue conociendo la verdadera tragedia originada en esa fallida expedición.

Los problemas con los que se enfrentaron los pobladores fueron diversos, pero, sobre todo, la falta de víveres ya que estos llegaron tardíamente de la contracosta. Hubo ocasiones que con la hambruna encima tuvieron que echar mano de la carne de los caballos y de las yerbas y semillas de los montes cercanos.

Murieron muchos en Santa Cruz por hambre, por enfermedades y a manos de los indios. Algunos pudieron regresar a las costas de Sinaloa y relataron las difíciles condiciones en que vivían. Casi al final de su estancia se pudo resolver el problema de las provisiones, pero ya el proyecto poblacional estaba perdido.. Fue en esos meses cuando Cortés resolvió abandonar Santa Cruz y regresar a Cuernavaca donde lo esperaba su esposa Juana. No obstante, dejó a Francisco de Ulloa y parte de la gente en Santa Cruz, aunque pocos meses después también regresaron a la Nueva España.

Pero algo quedó de esa expedición trágica. El historiador Carlos Lazcano dice que Cortés llevó a cabo el primer intento de colonizar la península, estableciendo la comunidad de Santa Cruz, la primera que hubo en las Californias y el antecedente más remoto de la ciudad de La Paz.



Mapa de Hernán Cortés y la región explorada en 1535

IX .-LAS EXPLORACIONES DE LA PENÍNSULA

Francisco de Ulloa, el primero

Con la espina clavada en su corazón por el fracaso de Santa Cruz, Hernán Cortés organizó una nueva expedición que puso al mando de Francisco de Ulloa. Fue el último intento de explorar la Mar del Sur. Pero a diferencia de las anteriores, la de Ulloa fue la que exploró las costas del Golfo y las del Océano Pacífico. En su navegación recorrió las costas de Sonora y la península conocida como las Californias, tomando posesión de ellas e incorporándolas a los dominios de la Nueva España.

Ulloa zarpó del puerto de Acapulco en el mes de julio de 1539 al mando de tres buques, La Trinidad, la Santa Águeda y la Santo Tomás. En ellos viajaron 60 soldados, además de marinos y pilotos. Por ser una expedición dedicada a explorar la región no llevaba armamento más que el indispensable.

En el mes de septiembre desembarcó en Santa Cruz en busca de agua y leña; también localizaron el lugar donde Cortés fundó la colonia, pero solo encontraron ruinas de ella. Los indígenas incendiaron y destruyeron el lugar.

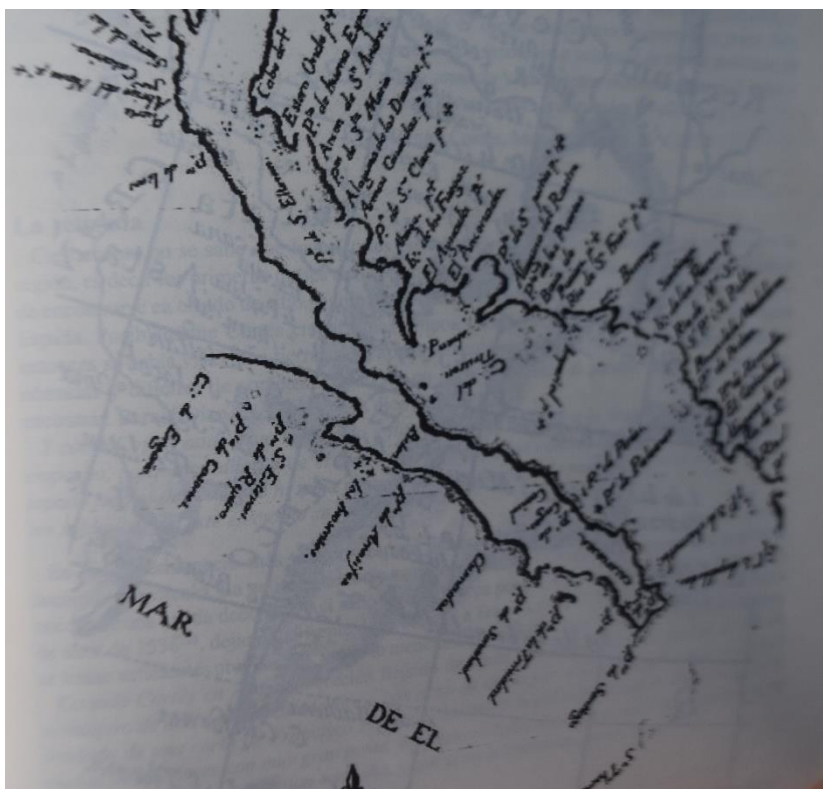
En los meses siguientes recorrieron las costas de Sonora poniéndole nombre a las islas y bahías, hasta llegar a la desembocadura del río Colorado. De ese sitio descendieron por las costas californianas hasta llegar de nueva cuenta a la bahía de Santa Cruz.

En ese lugar permanecieron unos días al cabo de los cuales enfilaron rumbo al sur llegando a la región de Cabo San Lucas hasta el mes de noviembre debido al mal tiempo. Fue aquí donde Francisco Preciado, autor de una relación del viaje, anotó la palabra CALIFORNIA, por las características del lugar y recordando las Sergas de Esplandián, el libro de caballerías de Garci-Ordóñez de Montalvo, donde habla de una isla “en si la más fuerte de riscos y bravas peñas...”

De allí continuaron rumbo al norte descubriendo varias islas y bahías, como la de Almejas y Magdalena. Al continuar su viaje llegaron a la gran bahía de Sebastián Vizcaíno y sus islas, entre ellas la de Cedros, cuyo nombre fue dado por el propio Ulloa.

Entre la exploración de los litorales de esa región y algunos enfrentamientos con los indios, pasaron los meses y fue en el mes de marzo del año siguiente cuando Ulloa decidió que el barco Santa Águeda regresara, mientras que La Trinidad prosiguió su viaje hacia el norte.

Fue hasta el mes de abril cuando Ulloa llegó a Punta Baja, a la altura del paralelo 30 grados. Ulloa la bautizó como Punta del Engaño. De ese lugar inició el regreso a la Nueva España.



Mapa de Domingo del Castillo de 1541. Fue hecho durante la expedición de Francisco de Ulloa en 1549.

Juan Rodríguez Cabrillo, el segundo

El virrey Antonio de Mendoza comisionó a Juan Rodríguez Cabrillo para que explorara las costas de la Mar del Sur más al norte de lo descubierto por Francisco de Ulloa. Al mando de dos embarcaciones, la San Salvador y la fragata Victoria. Una vez aprovisionados la expedición salió de Barra de Navidad en el mes de junio de 1542.

Al cabo de varios días, luego de cruzar el golfo de California, llegaron a la bahía de Santa Cruz en los primeros días de julio. En ese mismo mes hicieron el recorrido que los llevó a Cabo San Lucas, Bahía Magdalena, Punta Abreojos, Bahía Asunción, Bahía Tortugas y la bahía de San Quintín. Por supuesto estos son los nombres actuales, aunque muchos de ellos llevan los originales que les dieron Ulloa y Rodríguez Cabrillo. Por ejemplo, a San Quintín le llamó Puerto de la Posesión, porque allí tomó posesión de esa tierra para el rey de España y del virrey Antonio de Mendoza.

A mediados de septiembre llegaron a una ensenada a la que le dieron el nombre de Ensenada de Todos Santos y el Puerto de San Mateo, lugar donde hoy se ubica la ciudad de Ensenada.

Siguiendo la ruta al norte descubrieron la bahía de San Diego en el actual estado norteamericano de California, aunque le pusieron el nombre de Puerto de San Miguel. Por cierto existe la creencia de que Cabrillo fue el primero que llegó a la Alta California, sin embargo dos años antes, en 1540, Hernando de Alarcón recorrió 300 kilómetros más arriba de la desembocadura del río Colorado.

En San Miguel los expedicionarios descansaron y se proveyeron de agua y algunos alimentos frescos por medio de la pesca. Fue en ese lugar donde por primera vez encontraron a la tribu kumiai, habitantes por cientos de años en esa región.

Al continuar su viaje descubrieron el canal de Santa Bárbara y de allí acordaron el regreso visitando otra vez la bahía de San Miguel. En ese lugar murió Cabrillo a resulta de una fractura que se le infectó. La fecha de su deceso fue el 3 de enero de 1543.

Antes de morir recomendó al piloto Bartolomé Ferrer que continuaran la expedición más allá de Santa Bárbara. Así lo hicieron y llegaron hasta cerca de los límites de los estados de California y Oregón, a la altura del paralelo 41.

Agotados sus reservas de alimentos, los malos tiempos y el natural cansancio por tantos meses navegando por la Mar del Sur, los navegantes regresaron a la Nueva España y desembarcaron el 14 de abril de 1543, en el Puerto de Navidad.

De este explorador , el historiador Carlos Lazcano escribió:

“Juan Rodríguez Cabrillo formó parte de la primera generación de notables y osados exploradores y navegantes del Pacífico norte de América, la que fue iniciada por Hernán Cortés e incluyó a capitanes como Diego Hurtado de Mendoza, Hernando de Grijalva, Francisco de Ulloa, Hernando de Alarcón...fueron hombres con gran valor y atrevimiento, qu4e gracias a sus empeños se fue conociendo la realidad geográfica de toda esa región...”



Juan Rodríguez Cabrillo. Timbre postal de Estados Unidos. Cortesía de Carlos Lazcano.

X.- LA CONQUISTA

El intento de Sebastián Vizcaíno

En 1565, cuando se iniciaron los viajes del galeón de Manila- Acapulco-Manila, llevando intercambio de mercancías, se hizo necesario encontrar un lugar de descanso y aprovisionamiento, dados los meses ocupados en la travesía que duraba entre tres y cinco meses.

La necesidad adquirió carácter urgente cuando se supo de corsarios ingleses—Drake, Cavendish—que merodeaban la Mar del Sur con el fin de saquear las naves españolas, como fue el caso del asalto al galeón Santa Ana, cerca del Cabo San Lucas, en el año de 1586.

Además, en ese largo viaje, muchos pasajeros se enfermaban de escorbuto por falta de alimentos frescos. Y por eso la importancia de encontrar un puerto en las costas de California que sirviera de refugio y alivio de los pasajeros y tripulantes de los galeones.



Sebastián Vizcaino (ilustración) incluida en el libro de Pablo L. Martínez “Historia de la Baja California. 1956.

Es esas condiciones, el virrey Gaspar de Zúñiga dio la autorización para que Sebastián Vizcaíno dirigiera la empresa no solo para encontrar el puerto de refugio, sino también para reiniciar el poblamiento de California luego de la incursión de Hernán Cortés, en 1535. Apoyado por el erario real y capital privado, Vizcaíno zarpó de Acapulco en el mes de junio de 1596 en los barcos San Francisco, San José y Tres

Reyes, bien provisto de armas y víveres para ocho meses. Lo acompañaban 230 hombres armados y cinco religiosos franciscanos.

Las tres embarcaciones cruzaron el golfo de California y el 3 de septiembre llegaron a las costas de la península. Vizcaíno desembarcó con una partida de soldados e hizo el primer contacto con los indios guaycuras, quienes lo recibieron con señales amistosas.

En el sitio donde desembarcaron fue el mismo que Cortés bautizó como Santa Cruz y al comprobar la bienvenida de los nativos decidió llamarla La Paz.

Allí levantaron las tiendas y una palizada, al mismo tiempo que Vizcaíno tomaba posesión de esa región a nombre del rey de España.

Sobre el particular, en el memorial enviado al virrey en el mes de diciembre, le dice: “ *Después de mi arribo a la bahía de Santa Cruz en 23 de diciembre del presente año, en cuyos lugares encontré gente pacífica y de buen trato, procedí a fundar el puerto y el poblado...alrededor del fuerte levantamos pequeñas casas donde se acomodaron los principales indígenas que son respetados por sus tribus...cuando abandonó estas tierras ya vivían en torno al castillo como doscientos cincuenta naturales...*”

En este puerto de Paz comenzaron a vivir una parte de los colonos, mientras que los otros a bordo de las naves recorrieron las costas cercanas. Los exploradores se dieron cuenta de la aridez de la tierra, la falta de agua y los escasos asentamientos humanos.

Ante este panorama, unido a la inconformidad de la gente que dio lugar a enfrentamientos, Vizcaíno determinó el regreso a la Nueva España a finales de 1596. De Salagua donde arribo envió el informe al virrey Zúñiga y días después dirigió al rey *otro* justificando su fracaso “en el mal tiempo que no había permitido llevar a buen término la exploración y la pesca de perlas”

Sin que el fracaso de la primera expedición lo desalentara, preparó otra con el visto bueno del virrey Gaspar de Zúñiga, en el año de 1602. Las instrucciones giradas por el virrey establecían que su misión era recabar información de las costas de la península colindantes con el Océano Pacífico, y que por ello se le prohibía que entrara el golfo de California, ni mucho menos que entrara “tierra adentro en busca de indios” y la pesca de perlas.

Con esta y otras instrucciones, la expedición de Vizcaíno salió de Acapulco el 5 de mayo de 1602 en tres barcos, San Diego, Santo Tomás y Tres Reyes, más uno

más pequeño sin nombre—barco luengo le llamaban-- . La tripulación estaba formada por 200 hombres, incluyendo tres carmelitas descalzos. Uno de ellos, Fray Antonio de la Ascensión, escribió las relaciones con los detalles de ese viaje.

Después de permanecer varios días en Cabo San Lucas, la flota continuó rumbo al norte y para el día 21 de julio llegaron a una gran bahía a la cual llamaron Magdalena. Pasaron por lugares visitados anteriormente por Rodríguez Cabrillo. El 7 de septiembre llegaron a la isla de Cedros y el primero de diciembre arribaron a otra bahía a la que llamaron Monterrey, en honor del virrey de Nueva España.

Lo importante del descubrimiento de esta bahía es que Vizcaíno la consideró como un posible puerto para los galeones de Manila. Más al norte llegó hasta el cabo Mendocino y de ese lugar emprendió el regreso. Las otras dos naves habían adelantado su retorno y fue por eso que la Santo Tomás llegó a Acapulco el 21 de marzo de 1603.

De acuerdo con los informes proporcionados por Vizcaíno al virrey, éste reconoció que se habían cumplido los objetivos del viaje y descubierto dos puertos, en de San Diego y el de Monterrey, ideales para el arribo de los galeones.

Isidro de Atondo y Antillón

Pasaron 81 años en la historia de California antes que se autorizara otra expedición con fines de poblamiento en la península. Pero ese largo periodo de tiempo fue ocupado por los armadores que solicitaron permisos para explotar los placeres perleros californianos.

Gravados con el quinto real y el compromiso de establecer colonos permanentes en California, los permisionarios recorrieron las costas de la península durante casi todo el siglo XVII. Ellos fueron Nicolás Cardona y Juan de Iturbe en 1615, Francisco de Ortega en 1632-36, Pedro Porter y Casanate en 1643 y 1647, Bernardo Bernal Piñadero en 1664 y 1666 y Francisco de Lucenilla en 1668.

Todas estas expediciones fracasaron dado que la pesca de perlas no fue lo que se esperaba, ni tampoco fueron capaces de fundar colonias. Por ello, se tomó la decisión de suspender los viajes a la península. Fue hasta el año de 1673 cuando de nueva cuenta las autoridades se interesaron en el poblamiento de California, haciendo alusión a sus recursos naturales y para evitar que otras naciones la ocuparan, así como asegurar el libre tránsito de los galeones de Filipinas.

Al enterarse de las disposiciones reales, Isidro de Atondo y Antillón envió una solicitud al rey Carlos II a fin de que le concediera el mando de esa empresa expedicionaria, colonizar y explotar los yacimientos perlíferos de la región. Con la aceptación el monarca lo distinguió con el título de Almirante de las Californias.

Por su parte el virrey, Fray Payo Enríquez de Rivera confirmó el permiso, por lo que Atondo preparó una flota que zarpó de las costas de Sinaloa el 17 de enero de 1683, llevando a bordo a los padres jesuitas Eusebio Francisco Kino y Matías Goñi.

En los navíos Concepción y San José llevaron unas cien personas, los pertrechos y las provisiones necesarias. Sorteando algunos peligros llegaron a la bahía de La Paz el 1º de abril y desembarcaron el día 5 del mismo mes. En ese sitio Atondo tomó posesión de las tierras a nombre del rey de España, dándole a la región el nombre de Santísima Trinidad de las Californias.

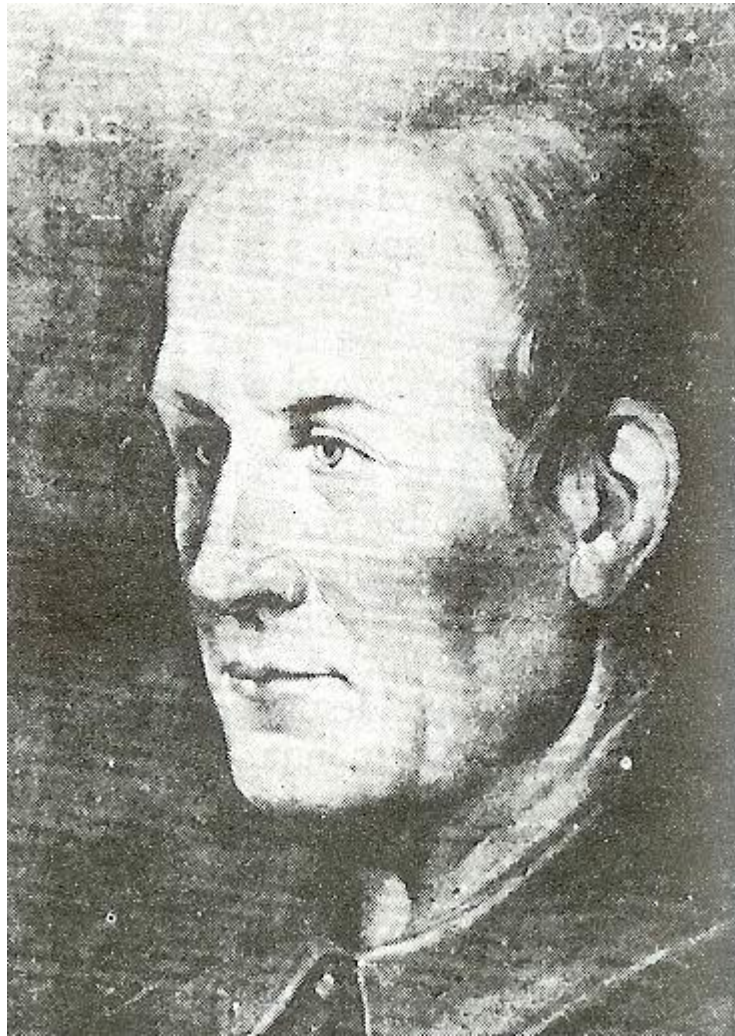
Los indios guaycuras disgustados por los malos tratos de los perleros, recibieron con hostilidad a la gente de Atondo. Pero a base de obsequios ganaron su confianza, y así fue posible levantar un pequeño fuerte, una modesta iglesia y algunas cabañas. Sin embargo la escasez de comestibles y los constantes enfrentamientos con los indios los obligaron a levantar el campamento y regresar a la contracosta.

Después de un descanso necesario y con nuevos recursos, Atondo hizo su segunda entrada a California, un lugar más al norte y con mayores oportunidades de fundar una colonia. El 6 de octubre arribaron frente a un lugar que llamaron San Bruno y tierra adentro, casi un kilómetro, establecieron el real con su iglesia y varias cabañas. Los indios eran de la tribu cochimí quienes los recibieron con señales de amistad.

Poco después, el 30 de noviembre, encontraron otro paraje con suficiente agua y pastizales, sitio que llamaron San Isidro. De este lugar, Atondo y el padre Kino efectuaron expediciones al interior de esa región hasta llegar a las costas del Océano Pacífico.

Los colonos hicieron todo lo posible por permanecer en el lugar, pero la falta de víveres, las enfermedades y lo estéril de la región, los obligaron a abandonar la empresa, por lo que a mediados del año de 1685 iniciaron el regreso a las costas de Sinaloa.

El fracaso de esta expedición, aunque se descubrió parte de la región de los Comondús y La Purísima, fue la causa de que las autoridades virreinales suspendieran los proyectos de colonización de California.



S.J. Eusebio Francisco Kino. Acompañó a Isidro de Atondo a California, en 1683.

XI.-LAS MISIONES RELIGIOSAS EN CALIFORNIA.

Juan María de Salvatierra y la cruz por delante.

En los últimos años del reinado de Carlos II y cuando en la Nueva España gobernaba el conde de Gálvez, renació el interés por California. La primera expedición autorizada fue la del capitán Francisco de Itamarra en 1694, pero al igual que las anteriores fracasó en su intento

Al enterarse los jesuitas de la licencia concedida a Itamarra insistieron en los permisos para colonizar esa región anteriormente visitada por el almirante Atondo y Antillón y Eusebio Francisco Kino. Este padre fue el principal promotor para entrar a California y lograr su conquista espiritual.

En esos años, cuando Kino se encontraba atendiendo las misiones en la Pimeria Alta, en Sonora, Juan María de Salvatierra tuvo la oportunidad de platicar con él sobre la conveniencia de volver a la península. Salvatierra estuvo de acuerdo y aprovechó su estancia en la capital de Nueva España, para insistir ante el virrey la licencia para viajar a California.

Después de varias gestiones, incluso ante la Audiencia de Guadalajara, la licencia fue autorizada, pero con la condición de que estaría a su cargo la expedición, es decir, sin la ayuda de las Cajas Reales. Salvatierra sería responsable de conseguir los medios para el transporte, subsistencia y seguridad para la gente que los acompañaría.

Al principio del año de 1697, el virrey Sarmiento de Valladares extendió los despachos que autorizaban a los padres Salvatierra y Kino entrar a California. Aceptadas las condiciones, el 10 de octubre de 1697, zarparon en una galeota y una lancha. Lo acompañaban Luis de Torres Tortolero, Esteban Rodríguez Lorenzo, Bartolomé de Robles Figueroa Juan Caravana, Nicolás Márquez, Juan y los indios Francisco de Tepachui, Alonso de Guayabas y Sebastián. También llevaron algunos animales como cabras, carneros y cerdos, más un caballo. El padre Kino que debía acompañarlos no lo hizo, porque lo destinaron a las misiones de Sonora en calidad de Visitador.

En el trayecto hacia California, la lancha tuvo que regresar, por lo que Salvatierra y sus compañeros, después de tres días de navegación llegaron al antiguo sitio de San Bruno, pero no desembarcaron ya que el piloto que había estado en la expedición de Atondo, les recomendó un lugar un poco al sur con mejores condiciones. Fue así como, el 19 de octubre bajaron a tierra en una ensenada a la que llamaron San Dionisio. A sur de la playa encontraron un sitio con árboles y carrizales, además de agua dulce.

Allí desembarcaron los víveres, se levantó una rústica capilla donde, el 25 de octubre, se colocó la virgen de Loreto. Así se fundó el primer establecimiento religioso en la península.

Al principio los indios que habitaban la región se mostraron recelosos, pero gracias a los obsequios ofrecidos por el padre Salvatierra se acercaron al real en señal de amistad, incluso sus familias aceptaron el buen trato de los recién llegados. Anotó el padre en informe a sus superiores, que aprovechó el vocabulario formado por el padre Juan Bautista Copart—acompañó a Atondo en San Bruno—para comunicarse con los indios.

Pero no todo fue tranquilidad. Al cabo de varios días el real fue atacado por numerosos grupos de indios, mismo que fue rechazado con el uso de las armas. Se

creyó que iban en busca de las provisiones guardadas en el campamento, pero a lo mejor fue la resistencia a una invasión a sus dominios alterando sus formas de vida.

Con la llegada de la galeota con más provisiones y personas, entre ellas el padre Francisco María Pícolo, la colonización comenzó a caminar. Salvatierra “hacía las veces de diversos oficios, de gobernador, de capitán, de padre de familia, de capellán y se ofrecía de cargador y cocinero, ya sazónando con sus mismas manos el maíz y pozole que diariamente repartía a los gentiles para atraerlos a la doctrina”

Por otro lado, la permanente carencia de provisiones fue solucionada en parte por las misiones de Sonora. Pero aun así la falta de subsistencias se fue agravando a tal grado que Salvatierra trató de abandonar la empresa. El padre Alegre, historiador de esos tiempos, escribió lo que dijo el padre en esa ocasión:

“Hasta aquí hemos hecho cuanto alcanzaban nuestras débiles fuerzas para conservar a Dios y al Rey la conquista de estos países. En una edad avanzada no hemos perdonado fatigas ni diligencia alguna. Las limosnas de nuestros bienhechores eran prometidas a los cinco años que ya se han cumplido. Los pocos que se recogen faltan barcos para conducirlos. Con los catecúmenos crecen cada día las bocas y la necesidad aumenta. La tierra es estéril por sí misma e invencible casi la fuerza de los naturales para hacerlos comprender su cultivo. Cedemos al tiempo y a la necesidad; no ha llegado aún la hora feliz para la conversión de la California”

Sin aceptar sus argumentos, el padre Juan de Ugarte—en esos primeros años habían llegado a Loreto otros sacerdotes—lo hizo desistir de su intento asegurándole que multiplicarían los esfuerzos a fin de continuar con sus tareas evangélicas. En efecto, los colonos soportaron toda clase de privaciones hasta recibir ayuda de sus superiores y del virrey. Fue en esos años cuando se fundó el Fondo Piadoso de las Californias” con donativos, con los cuales resolvieron las necesidades de las misiones establecidas.

En esos primeros años, de 1697 a 1705, las misiones fundadas fueron la de Loreto, San Javier, San Juan Bautista y Santa Rosalía de Mulegé. Hasta el año de 1717 en que murió el padre Juan María de Salvatierra en la ciudad de Guadalajara solo una misión se fundó, la de San José de Comondú. En total fueron 17 las misiones establecidas por los jesuitas, entre ellas la de La Purísima, San Ignacio, La Paz, Todos Santos y la de San José del Cabo.

Las misiones y los misioneros

A partir del primer establecimiento religioso en Loreto en 1697, los jesuitas fueron fundando misiones a todo lo largo de la península. Para fundarlas organizaron expediciones acompañados de soldados y de indios neófitos. Escogieron lugares donde residían grupos de indios, además de reunir ciertas condiciones como

fuentes de agua y fertilidad del terreno. De inmediato construían una rústica capilla para darse a la tarea de enseñar a los nativos las doctrinas religiosas y lograr el cambio de sus formas de vida.



Misión de Nuestra Señora de Loreto Conchó, fundada por el padre Juan María de Salvatierra.

La segunda misión fundada después de Loreto fue la de San Francisco Javier, en un lugar situado en la sierra de La Giganta conocido como Vigge Biaundó. Fue el padre Francisco María Píccolo quien descubrió ese sitio en 1699 y levantó una modesta capilla. Sin embargo, ante la hostilidad de los indios fue necesario abandonarla aunque después, en 1701, volvió a establecerse en el lugar actual. Fue atendida en esos años por el padre Juan de Ugarte.

La iglesia de la misión fue construida por este religioso dedicándose, aparte del adoctrinamiento, a sembrar árboles frutales y algunas legumbres. Con el paso de los años esta misión fue abandonada—1817—por falta de población indígena.



Misión de San Francisco Javier Viggé Biaundó fundada por el padre Francisco Maaría Pícolo

La tercera misión recibió el nombre de San Juan Bautista Malibat en un sitio conocido como Liguí, localizado a pocos kilómetros al sur de Loreto. En 1705, el padre Juan de Ugarte levantó una modesta capilla y durante cuatro años trató de adoctrinar a los indios de la región.

Cuando Ugarte se retiró, lo reemplazaron los padres Francisco Peralta y Clemente Guillén. En 1721 la misión fue abandonada debido a la falta de agua y lo reducido de la población indígena.

La cuarta misión fue establecida en 1705 por el padre Juan María Basaldúa, bautizándola con el nombre de Santa Rosalía de Mulegé. En 1766, la construcción de la iglesia actual fue iniciada por el padre Francisco Escalante.

Debido a las epidemias que redujo la población indígena, la misión fue abandonada en 1818. El edificio de la iglesia se conserva en buen estado, a pesar del tiempo transcurrido.



Misión de Santa Rosalía de Mulegé, fundada en 1705 por el padre Juan María Basaldúa.

La quinta misión llevó el nombre de San José de Comondú y fue fundada por el padre Julián Mayorga en 1708. Al igual que las anteriores, la misión cerró sus puertas en 1827. La iglesia construida por el padre poco a poco se fue deteriorando hasta desaparecer. En la actualidad, una capilla recuerda los misioneros que la atendieron.

La sexta misión la Purísima Concepción de Cadegomó. Fue fundada por el padre Nicolás Tamaral en 1720. Tamaral duro dos años en ese lugar siendo sustituido por Sigismundo Taraval, Jacobo Druel y otros más, hasta el año de 1822 en que fue abandonada.

La iglesia, construida con materiales de la región, sufrió severos daños por las lluvias y ahora se tienen dudas sobre el sitio exacto donde se construyó

La séptima misión fue la de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, Airapí, establecida en 1720 por los padres Juan de Ugarte y Jaime Bravo. Está misión fue dañada por los indios en la rebelión de 1734, aunque dos años después se reabrió bajo el cuidado del padre William Gordón. Pero las epidemias y la poca población de indios obligó su abandono en 1749.

Los restos de la misión no se han encontrado, pero se cree que fundada en el centro de la ciudad, entre las calles Zaragoza y Degollado.

La octava misión se levantó a unos 50 kilómetros al oeste de la misión de Santa Rosalía de Mulegé. Llevó el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe de Huasinapí y fue fundada por el padre Everard Helen en el mes de diciembre de 1720.

En lo alto de la sierra abundaban los árboles conocidos como “guéribos” y el padre Juan d Ugarte utilizó su madera para construir el barco El Triunfo de la Cruz” transporte que utilizaron los jesuitas durante muchos años.

La escasa población así como las epidemias, causaron el cierre de esta misión en 1795. Los pocos residentes fueron trasladados a la misión de la Purísima Concepción. Algunos escombros revelan el lugar donde fue construida la iglesia.

La novena misión Santiago de los Coras la fundó el padre Ignacio María Nápoli en 1721. Esta misión fue cambiada dos veces de lugar y en este último se construyó la iglesia. Este establecimiento fue atendido por varios religiosos hasta el año de 1795. Se recuerda esta misión porque en la rebelión indígena de 1734 asesinaron al padre Lorenzo Carranco y quemaron la iglesia.

Los principales autores de la rebelión declararon que lo habían hecho por los malos tratos del sacerdote y porque no les permitió tener varias mujeres a la vez. Por causa de esos indios Pericués la misión suspendió sus tareas de evangelización, aunque dos años después el padre Nápoli se hizo cargo de la misión.

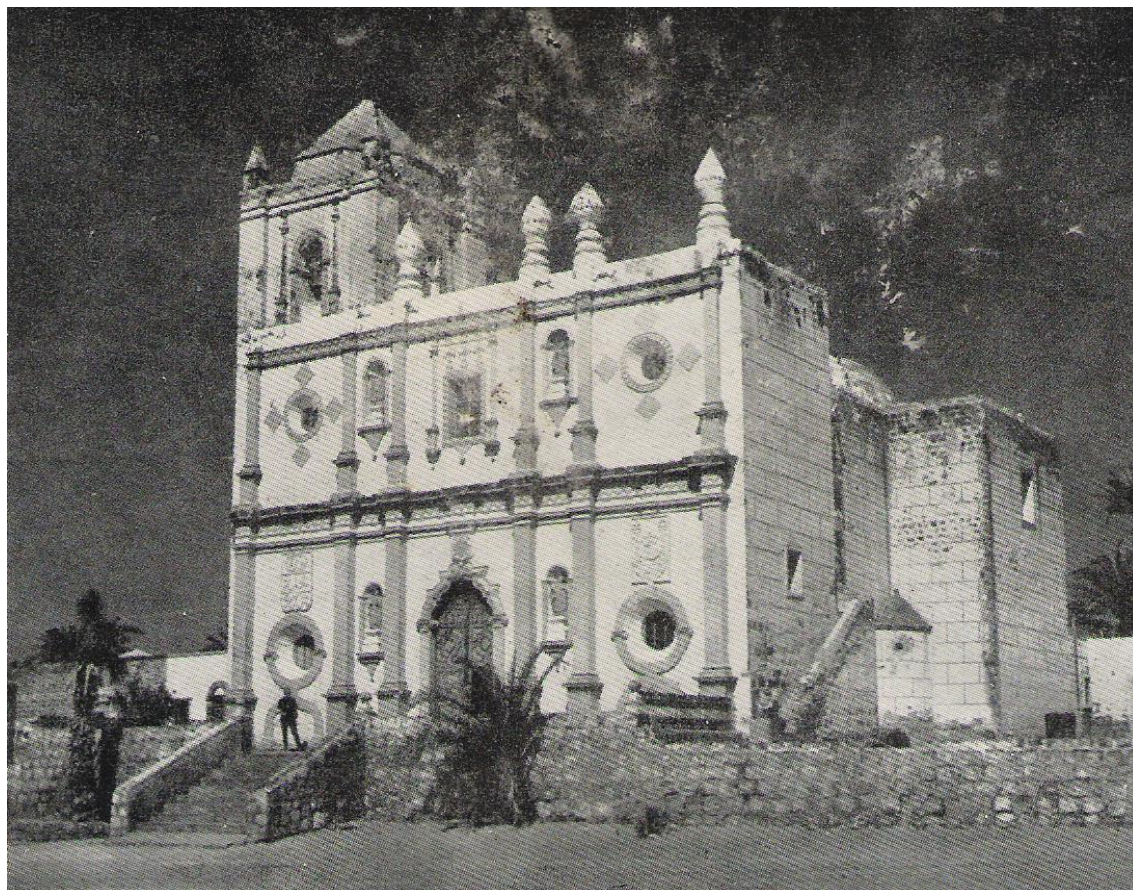
Debido a la constante hostilidad de los indios, la misión fue cambiada a San José de Caduaño, pero debido a las epidemias que causaron la muerte de muchos indios neófitos, se tomó la decisión de abandonarla en 1795.

La décima misión bautizada con el nombre de Nuestra Señora de los Dolores del Sur, Chillá, la fundó el padre Clemente Guillén en el año de 1721. Años después fue cambiada tierra adentro, junto al arroyo de La Pasión.

En 1768, el Visitador José de Gálvez ordenó su cierre y los pocos indios que vivían en ese lugar fueron trasladados a la misión de Todos Santos. Hoy algunos restos dan fe del paso de los jesuitas por esa región.

La décima primera misión, la de San Ignacio Kadakaamán, la fundaron en 1728 Juan Bautista Luyando y Sebastián de Sistiaga. La hermosa iglesia de piedra la comenzó el padre Fernando Consag y la terminó el fraile dominico Juan Crisóstomo Gómez.

En 1840 fue abandonada ya que era muy reducido el grupo de neófitos. La iglesia de la misión es una de las mejor conservadas y es la casa común de los habitantes de San Ignacio.



Misión de San Ignacio Kadakaamán, fue fundada en 1728 por el padre Juan Bautista Luyando

La décima segunda misión llevó el nombre de Estero de las Palmas de San José del Cabo Añuití.. La fundó el padre Nicolás Tamaral en 1730. Este centro misionero se cambió dos veces de lugar hasta que en 1735 se estableció en el centro de la hoy ciudad de San José del Cabo.

La misión, al igual que la de Santiago de los Coras, fue destruida durante la rebelión indígena de 1734. El padre Nicolás Tamaral fue asesinado junto con algunos residentes. Debido a la rebelión de los Pericúes, la misión suspendió sus tareas evangélicas hasta el año de 1768, cuando fray Juan Morán de la orden de los dominicos se hizo cargo de ella. Pero las epidemias y las inundaciones hicieron que la misión fuera abandonada en 1840.

La décima tercera misión fue bautizada con el nombre de Santa Rosa de las Palmas en el lugar donde hoy se encuentra el pueblo de Todos Santos. Fue el padre Sigismundo Taraval el fundador de esta misión en 1733. Anteriormente había sido visita de la misión de La Paz.

Cuando se abandonó la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz en 1749, sus escasos neófitos fueron trasladados a Santa Rosa, por lo que se cambió su nombre por el de Nuestra Señora del Pilar de Todos Santos. Pero aun así no pudo sostenerse y se clausuró en el año de 1840.

La décima cuarta misión, San Luis Gonzaga Chiriyaki, fue establecida por el padre Lamberto Hostell en 1740. Cuando el padre Juan Jacobo Baegert fue destinado a esa misión se dio a la tarea de construir la iglesia de piedra que todavía existe.

Baegert es el autor de un extenso estudio que llevó el nombre de “Noticias de la península americana de California”. Este escrito se publicó en Alemania en el año de 1773. Al igual que otros cronistas que vivieron en la península, como Miguel Venegas y Miguel del Barco, Juan Jacobo describió las formas de vida de los antiguos pobladores de la región, así como sus denodados esfuerzos para convertir a los indios Guaycuras a la religión católica.

En 1768, el Visitador José de Gálvez ordenó su clausura. Sus neófitos fueron enviados a la misión de Todos Santos.



Misión de San Luis Gonzaga Chiriyaki, fundada por el padre Lamberto Hostell en 1740

La décima quinta misión fue fundada por el padre George Retz en el año de 1752. Llevó el nombre de Santa Gertrudis. Su iglesia, construida de piedra cantera, la comenzó a levantar el propio Retz. Esta misión amparó a muchos indios quienes ayudaron a formar las huertas de árboles frutales que todavía existen,

En 1822, con la disminución de la población, la misión fue abandonada cuando estaba a cargo de los dominicos. La iglesia del lugar se conserva en buen estado atendida por la única familia que viven ahí desde muchos años atrás.

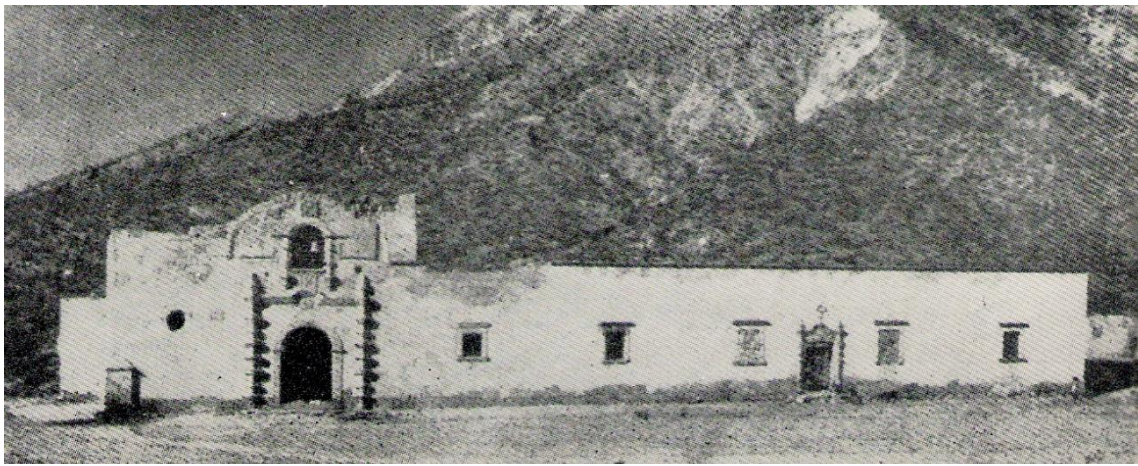


Misión de Santa Gertrudis fundada en 1752 por el padre George Retz

La décima sexta misión, San Francisco de Borja Adac, la fundó el padre Wenceslao Linck en 1762, ayudado por Retz de Santa Gertrudis y sus indios conversos quienes ayudaron a construir el edificio de la misión recién establecida.

Esta misión fue la más poblada de la península. Cuando Linck inició su tarea religiosa, la población indígena que atendió fue cerca de dos mil nativos, aunque solo 115 vivieron en la misión. Aprovechando las buenas condiciones de esa región, Linck se dedicó a la cría de ganado y la siembra de árboles frutales.

Con la disminución de sus habitantes, la misión fue abandonada en el año de 1822. El edificio de la iglesia se encuentra bien conservada gracias a los cuidados de la familia que habita en el lugar.



Misión de San Francisco de Borja Adac, fundada por el padre Wenceslao Linck en 1762

La décima séptima misión llevó el nombre de Santa María de los Ángeles CabujaKaamung, se localiza a ciento treinta kilómetros al noroeste de la misión de San Borja. Fue la última misión fundada por los padres Victoriano Arnés y Juan José Díez en el año de 1767.

Esta misión fue la última que establecieron los jesuitas en California. Un año después, por disposiciones reales, todos ellos tuvieron que abandonar la península y radicarse en sus lugares de origen.

Como en las misiones anteriores la de María de los Ángeles suspendió sus actividades, aunque quedó como visita de la de San Francisco de Borja. En 1818 fue abandonado, pero sus escombros continúan como testigos del paso de la orden de los jesuitas en California.

La expulsión

Mediante el decreto expedido por el rey Carlos III, la Compañía de Jesús fue expulsada de todos los dominios de España. En 1767, el virrey Carlos Francisco de Croix recibió la orden en el mes de marzo de ese año y de inmediato giró las instrucciones para hacer efectivo el decreto

Se dispuso la salida de unos 700 jesuitas, la incautación de todos sus documentos, posesiones y propiedades materiales y la sustitución de misioneros de otras órdenes. En el caso especial de los jesuitas comisionados en California, el que se encargó de la expulsión fue el recién nombrado gobernador Gaspar de Portolá, quien al llegar a Loreto dio a conocer el decreto real. Ahí se ordenó que todos los encargados de las misiones se reunieran en Loreto a fin de proceder a su exilio. El padre superior Benno Ducrue los instó a cumplir las instrucciones, previa la entrega de los inventarios de cada misión. Se les ordenó que en su viaje a Loreto llevaran solamente una petaca con su ropa y tres libros.

Reunidos en Loreto los misioneros salieron el 3 de febrero de 1768 por la noche. Pero como relató el padre Baegert años después, esto no impidió que los habitantes de Loreto estuvieran reunidos en la playa para darles la despedida, llorando todos, californios y españoles. Sin embargo, por causas del mal tiempo y con el fin de atender algunos enfermos, fue preciso hacer una escala en Puerto Escondido. Resueltos los problemas partieron rumbo a San Blas a principios de agosto del mismo año.

En ese lugar desembarcaron y por tierra llegaron hasta Veracruz, para después trasladarse otra vez por mar rumbo a la Habana, Cuba. De ese puerto salieron con destino al puerto de Cádiz, en España. Como final de la travesía cada uno de los misioneros partió a sus lugares de origen.

Uno de los jesuitas expulsos, el padre Benno Ducrue, escribió un diario narrando el penoso éxodo y los sufrimientos de ese viaje sin retorno. El historiador Salvador Bernabeu Albert incluye ese testimonio en su libro *“Expulsados del infierno. El exilio de los misioneros jesuitas de la península californiana (1767-1768)”*

Mucho se ha escrito sobre la presencia de los jesuitas en California, sobre todo por los historiadores y cronistas que vivieron en esos tiempos, como Francisco Javier Clavijero. Pero también investigadores del presente han *externado su opinión al respecto como Pablo L. Martínez, quien escribió en su libro Historia de la Baja California, lo siguiente: “Nosotros creemos que el valor positivo de la penetración jesuita en Baja California, subsistirá a través de las edades; y que las dimensiones de dicha obra se agigantarán más y más al ser conocida en su justa dimensión”.*

El historiador Bernabé Albert dio a conocer los nombres de los jesuitas que abandonaron la península.

Lamberto Hostell	Los Dolores
Miguel del Barco	San Francisco Javier
Benno Ducrue	Ntra. Señora de Guadalupe
Johann Jacob Bischoff	Todos Santos
Ignacio Tirsh	Santiago de los Coras
Franz Inama Von Sternegg	San José de Comondú
Francisco Escalante	Santa Rosalía de Mulegé
Juan José Diez	La Purísima Concepción

José Mariano Rothea	San Ignacio
George Retz	Santa Gertrudis
Wenceslao Linck	San Francisco de Borja
Victoriano Arnés	Sta. María de los Ángeles
Lucas Ventura	Loreto
Fco. Javier Fernández Franco	Loreto
H. Juan Villavieja	Loreto

Franciscanos y Dominicos, los nuevos misioneros

A mediados de 1768, el Visitador José de Gálvez llegó a California. Traía instrucciones precisas para resguardar el litoral californiano del expansionismo ruso, y buscar la manera de organizar una expedición por vía marítima que llegara al puerto de Monterrey, descubierto por Sebastián Vizcaíno en el año de 1602.

Ya de antes se había pensado que fueran los franciscanos los que llevaran a cabo la colonización de la que después se llamó Nueva California. Además se hizo necesario atender las misiones que habían quedado abandonadas a causa del retiro de los misioneros jesuitas.

Fue por eso que el 1º de abril de 1768 llegaron a Loreto los primeros franciscanos con fray Junípero Serra al frente de ellos. El gobernador Portolá los recibió y atendió cumpliendo con las disposiciones reales. También les hizo entrega de las misiones, pero en el entendido de que solamente se encargarían del aspecto espiritual, dado que el gobierno temporal quedaría a cargo de las autoridades civiles.

De acuerdo con las anteriores disposiciones, fray Junípero Serra distribuyó a sus acompañantes a las diferentes misiones, desde San José del Cabo hasta María de los Ángeles. Algunos de esos misioneros franciscanos fueron Juan Ramos de Lora comisionado en Todos Santos, Juan Crespí a La Purísima, Francisco Gómez a Los Dolores, Antonio Martínez a San José de Comondú, Francisco Palou a San Francisco Javier.



Fray Junípero Serra fundador de las misiones de la Alta California

Cuando el Visitador Gálvez llegó a Loreto, dispuso de inmediato la ocupación de la Alta California. En tanto estas disposiciones se cumplían inició la reestructuración de las misiones tomando en cuenta la población de neófitos y las condiciones materiales y económicas de las mismas. De esta manera se trasladaron los indios de una misión a otra, aunque esta medida originó cierta animosidad entre los frailes.

Respecto a la incursión en la parte norte de la península, Gálvez y Serra tomaron las providencias necesarias, entre ellas el apoyo de las misiones en víveres, ganado y ornamentos religiosos. Las que más ofrecieron su ayuda fueron las establecidas en el norte de California, San Ignacio, Santa Gertrudis y San Francisco de Borja.

Con la intención de fundar misiones en San Diego y Monterrey, organizaron cuatro expediciones, dos por mar y dos por tierra. Los barcos San Carlos y San Antonio salieron del puerto de San Blas y las de tierra estuvieron a cargo del capitán Fernando Rivera y Moncada y del gobernador Portolá acompañado de fray Junípero Serra.

La primera expedición por tierra salió de Loreto a fines de septiembre de 1768 y en su comitiva iban 27 soldados de cuera, 3 arrieros y 42 indios conversos. Al cuidado de los arrieros iban 400 cabezas de ganado proporcionadas por las misiones jesuitas. Esta expedición llegó a San Diego a mediados del mes de mayo del siguiente año.

Por su parte, el navío San Carlos partió de La Paz, adonde había llegado días antes de San Blas, y a finales del mes de abril arribó a San Diego. La otra expedición por mar a bordo del San Antonio salió de San José del Cabo y llegó a San Diego en el mismo mes de abril.

La expedición encabezada por Portolá y Serra, salió de Loreto a principios del mes de marzo y llegó a mediados del mes de julio a su destino final que era San Diego. Por cierto, el diario escrito por fray Junípero de su viaje a la Alta California da cuenta que durante esa travesía estableció la misión de San Fernando en un sitio conocido por los nativos como Velicatá. Fue la primera misión fundada por los franciscanos, el 14 de mayo de 1769.

Durante su estancia en la alta California, Serra fundó nueve misiones de las 21 establecidas en el hoy estado de California, Estados Unidos. Algunas de estas misiones fueron San Diego, San Juan Capistrano, Santa Clara, Santa Bárbara, San Gabriel y San Francisco de Asís.



Misión de San Diego de Alcalá, fundada por fray Junípero Serra en el año de 1769

A raíz de las disposiciones reales ejecutadas por el Visitador Gálvez y el gobernador Portolá para ocupar la Alta California, otra orden religiosa, la de los Dominicos, había solicitado al rey la oportunidad de atender las misiones abandonadas por los franciscanos en la Baja California. En efecto, la autorización se dio, pero condicionada a que deberían encargarse de las misiones de la península y de fundar otras a partir de la de San Fernando Velicatá hasta los límites de San Diego, una región que fue conocida como La Frontera.

Aceptadas esas condiciones, en el mes de junio de 1772, un grupo de 27 dominicos salieron de la ciudad de México rumbo a California. En la travesía de San Blas a Loreto tuvieron serias dificultades por el mal tiempo y las enfermedades, pero al fin pudieron llegar a su destino nueve de ellos en el mes de octubre del mismo año.

Del resto de los religiosos se tuvieron noticias entrado el año de 1773 de que el buque en que se trasladaban había naufragado y los sobrevivientes se refugiaron en el poblado de Tamazula. Por causa de ese desastre murieron varios dominicos, entre ellos fray Juan Pedro de Iriarte, responsable del grupo que partió a California. Al fin, los 18 restantes pudieron llegar a Loreto, en el mes de mayo de 1773.

Días después, fray Vicente de Mora quien sustituyó a Iriarte, envió a los dominicos a las misiones abandonadas por los franciscanos. También, en su calidad de Presidente y Vicario de las misiones de California, inició un recorrido por el norte

de la península con el propósito de explorar los sitios más convenientes para fundar nuevas misiones en esa extensa región de la Baja California.

A partir de 1774 comenzaron a establecer misiones, siendo la primera la de Nuestra Señora del Rosario de Viñadaco, seguida por la de Santo Domingo de la Frontera, en 1775. En los años siguientes se fundaron otras siete, entre ellas San Vicente Ferrer, San Miguel Arcángel y Santo Tomás de Aquino, La última, establecida en 1834, fue la de Nuestra Señora de Guadalupe.

Fin de la época misional en Baja California

En el año de 1833 las antiguas misiones jesuitas desaparecieron y dejaron de ser atendidas por los frailes dominicos. Sólo en el norte permanecieron unos años la del Rosario y Santo Tomás. Pero el fin estaba cerca. En 1839, esta última cerró sus puertas y con ello terminaron las tareas evangélicas de los dominicos.

Si bien es cierto que la presencia de esta orden no fue significativa en las misiones del sur, su desempeño en las que fundaron en lo se llamó la región de la Frontera tuvo su importancia, sobre todo en el aspecto poblacional y la protección de esa región contra posibles intentos de ocupación.

Al respecto, el historiador Michael Mathes escribió: *Las 28 misiones de Baja California, construidas de adobe y piedra de la región, sirvieron como uno de los puertos más remotos del imperio español y fueron las bases para la colonización de la Alta California.*

Por su parte, el doctor Miguel León Portilla dice en su libro “La California Mexicana. Ensayos acerca de su historia, lo siguiente: *“A pesar de su aislamiento y de su naturaleza en elevada proporción semidesértica, la península de California ha sido escenario de formas de vida y de acontecimientos en ocasiones paradójicos, pero a la vez de un interés excepcional, La adaptación a un medio hostil por parte de sus antiguas poblaciones indígenas con muy precario desarrollo cultural, los fallidos intentos de colonización durante los siglos XVI y XVII, el establecimiento de las misiones y los procesos de cambio que entonces se produjeron, la impresionante disminución de sus habitantes, los momentos en que la península estuvo a punto de perderse para México y, por fin, el esfuerzo que ha supuesto su paulatina incorporación al resto del país y su transformación contemporánea, son los grandes capítulos de la poca conocida historia de la California que, para siempre, continúa siendo mexicana”*

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

- ACOSTA MENDÍA, Elizabeth, et al. "Pinturas rupestres, misiones y oasis de la península de la Baja California". AHPLM, La Paz, B.C.S. , 2015
- BERNABEU ALBERT, Salvador. "Expulsados del infierno El exilio de los misioneros jesuitas de la península californiana, (1767-1768), Consejo Superior de Investigación Científica, Madrid, 2008
- CASADO, María del Pilar. "El arte rupestre en México", INAH, México, 1979
- DEL RÍO, Ignacio. "Conquista y aculturación de la California jesuita, 1697-1768", UNAM, 1984
- DEL RÍO, Ignacio. "A la diestra mano de las Indias", Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1085
- GÓMEZ CAÑEDO, Lino. "Un lustro de administración franciscana en Baja California, (1768-1773), Gobierno de Baja California Sur, 1083
- HAMBLETON, Enrique. "La pintura rupestre de Baja California", BANAMEX, 1979
- JORDÁN, Fernando. "Baja California, tierra incógnita, UABC, 1996
- LAYLANDER, Don, et al. "La prehistoria de Baja California", Centro INAH, Mexicali, 2010
- LAZCANO SAHAGÚN, Carlos. "La bahía de Santa Cruz. Cortés en California (1535-1536), Fundación Barca, Ensenada, 2006
- LAZCANO SAHAGÚN Carlos. "La navegación de Juan Rodríguez Cabrillo, 1542-1543", Ensenada, 2007
- LAZCANO SAHAGÚN Carlos. "Diario de Fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego, 1769", Gobierno de Baja California, 2002
- LÓPEZ ESPINOZA, Aníbal. "Evocaciones del olvido. Pinturas rupestres de la región del Cabo", ISC, 2013
- MONTANÉ MARTÍ, Julio César. "La navegación de Francisco de Ulloa, 1539-1540", Fundación Barca, Ensenada, 2008
- MATHES, Michael. "Las misiones de Baja California", Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1977
- MATHES, Michael. "Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el Océano Pacífico", UNAM, 1973
- MARTÍNEZ, Pablo L. "Historia de la Baja California", Libros mexicanos, México, 1956

- NIESSER, Albert B. "Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822", UABC, 1998
- PONCE AGUILAR, Antonio. "De cueva pintada a la modernidad", Mexicali, B.C., 2013
- RODRÍGUEZ, Antonio. "Las cuevas pintadas de Baja California Sur", FONAPAS, 1982
- SALVAT. "La Prehistoria", Salvat editores, Barcelona, 1974
- TIME-LIFE. "El hombre prehistórico", Madrid, 1981
- UNESCO. "Artistas primitivos", Madrid, 1990